

Capítulo 24 – El deseo de ser especial.

Introducción

El Capítulo 24 es, en efecto, la segunda mitad del doble golpe del ego.

La

primera fueron sus leyes del caos, que examinamos en el Capítulo 23.

El

segundo viene en las secciones de este capítulo sobre el especialismo, en el

cual su enfoque específico es el contenido oculto del asesinato del ego, quizás los pasajes más impactantes de Un Curso de Milagros. Recuerda que

el Capítulo 23 terminaba con la línea, “¿A quién que esté respaldado por el

Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato?” (T-23.IV.9:8). Los dos siguientes movimientos en nuestra sinfonía presentan ambos lados: el capítulo actual que trata sobre el asesinato y el Capítulo 25 con el principio del milagro de que nadie pierde y

todos ganan.

No hace falta decir que con el asesinato hay un claro ganador y un perdedor,

y este estado de guerra es el núcleo del sistema de pensamiento del especialismo. Las primeras cuatro secciones del Capítulo 24 abordan este

componente central en el arsenal defensivo del ego, pero como es nuestra

costumbre, comenzamos con uno de los más temas prominentes, la defensa

del ego contra la Expiación: la separación de Dios nunca ocurrió. Sin comprender el miedo del ego a la Expiación, nunca podremos comprender

su propósito para la relación especial. Aquí hay dos breves declaraciones de

este principio.

El principio de Expiación.

(In.1:8-12) ¿Crees que una sombra puede frenar la Voluntad que mantiene al universo a salvo? Dios no tiene que contemporizar con las ilusiones para ser lo que es. Ni Su Hijo tampoco. Ellos simplemente son.

¿Y qué ilusión que en su vagar parezca flotar e interponerse entre Ellos tiene el poder de invalidar los designios de Su Voluntad conjunta?

Debido a que Cristo y Dios comparten el Ser perfecto que es Su Ser, el Espíritu Santo rechaza a la diminuta y alocada idea de que podríamos estar

separados de Dios recordándonos que no tiene ningún efecto en Su Voluntad, la Unidad de Su Amor. Por cierto, la palabra "universo" no se refiere aquí al mundo material, sino al universo del espíritu que es el Reino

unificado de Dios y Cristo.

(VII.5:1-4) El Padre mantiene a salvo todo lo que creó, lo cual no se ve afectado por las falsas ideas que has inventado, debido a que tú no fuiste su creador. No permitas que tus absurdas fantasías te atemorizen. Lo que es inmortal no puede ser atacado y lo que es sólo temporal no tiene efectos.

De hecho, cuando el ego escucha las palabras "lo que es sólo temporal no

tiene efectos", responde: "¡Ya veremos sobre eso!" Busca demostrar que el

mundo del tiempo y el espacio tiene efectos que no solo son consecuentes

sino desastrosos s nuestras tontas fantasías de separación, especialismo y

asesinato. La respuesta del ego al principio de Expiación es el complejo edificio de la relación especial, y su presentación en este capítulo es su canto de cisne en nuestra sinfonía. El tema ciertamente vuelve a aparecer,

pero este es el último lugar donde Jesús lo presenta con tanta especificidad.

Nuestro viaje hacia el infierno del ego comienza mirando el rostro del especialismo, y viéndolo por la fea crueldad que es.

Especialismo.

(VI.11:1-3) Ser especial es la función que tú te asignaste a ti mismo. Te representa exclusivamente a ti, como un ser que se creó a sí mismo, auto-suficiente, sin necesidad de nada y separado de todo lo que se encuentra más allá de su cuerpo. Ante los ojos del especialismo tú eres un universo separado, capaz de mantenerse completo en sí mismo, con

todas las puertas aseguradas contra cualquier intromisión y todas las ventanas cerradas herméticamente para no dejar pasar la luz.

El especialismo es la respuesta del ego a la función de creación que Dios nos dio. Expresa la función de falsa creación del ego, y su propósito es enraizarnos en el mundo sin mente de los cuerpos, específicamente en las relaciones llenas de odio entre ellos. Esto hace que sea imposible acceder al principio de Expiación que nos recuerda nuestra unión natural con Dios. Si estamos en este estado corporal y sin mente, no podemos cambiar nuestras mentes y elegir al Espíritu Santo. Esto, con gran alegría desde el punto de vista del ego, nos deja sin manera de volver al perdón que corrige la creencia en un yo autónomo. El especialismo, entonces, se convierte en nuestro tenebroso mundo de separación y aislamiento en el que estamos a salvo de las intrusiones de la luz, el amor y la verdad.

(VI.11:4-5) Y al estar siempre furioso por el constante ataque al que siempre crees estar sometido y al sentir que tu ira está plenamente justificada, te has empeñado en lograr este objetivo con un ahínco del cual jamás pensaste desistir y con un esfuerzo que nunca pensaste abandonar. Y toda esa feroz determinación fue para esto: querías que ser especial fuese la verdad.

El origen del especialismo está relacionado con la creencia de que podemos estar separados de Dios, poseyendo una identidad especial distinta a la de Él. Esta relación especial arquetípica comenzó cuando elegimos el ego en lugar del Espíritu Santo, y desde entonces, todos nuestros esfuerzos se dirigieron a reafirmar el yo separado y a protegerlo de amenazas. Por supuesto, no estamos hablando de una sucesión de momentos en el tiempo, aunque esta es nuestra experiencia, sino un proceso atemporal en la mente tomadora de decisiones en el que no hay pasado, presente o futuro, los cuales son parte integral del arsenal de trucos de magia del ego. Para

mantener nuestra identidad especial, proyectamos la culpa sobre personas especiales a quienes buscamos atacar, esperando que el pecado se encuentre en ellos, y no en nosotros, para que sean castigados con su muerte, dejándonos libres para existir sin las consecuencias de nuestro pecado. (VI.13:1-2) Tú que crees que es más fácil ver el cuerpo de tu hermano que su santidad, asegúrate de que entiendes lo que dio lugar a ese juicio. Ahí es donde se oye claramente la voz del deseo de ser especial juzgando contra Cristo y estableciendo el objetivo que puedes alcanzar y lo que no puedes hacer. Para ver el pecado de la separación en todas partes menos en nosotros, necesitamos ver el propósito de los demás cuerpos como merecedores de un ataque. La mente tomadora de decisiones ha visto primero su pecado en lugar de la santidad, el cual exige una proyección como defensa contra el elegir de nuevo. La santidad significa el fin del ego, y defendemos nuestras percepciones erróneas del yo inocente hasta la muerte – literalmente – ya que es un juicio contra el Cristo en nosotros. Decidir por la Expiación nos recordaría nuestra verdadera Identidad, enseñándonos que la separación de este Ser nunca sucedió. Para proteger nuestra individualidad, escuchamos la voz de los juicios de especialismo que justifican nuestros ataques contra otros, quienes siguen siendo tan santos como nosotros. Volvemos ahora al comienzo del capítulo, "El deseo de ser especial: el sustituto del amor", que describe la substitución del ego en lugar de Cristo, la definición misma de especialismo: (I.1:1-6) El amor es extensión. Negarte a dar un regalo – por insignificante que sea – es no reconocer el propósito del amor. El amor lo da todo eternamente. Si tienes una sola creencia, una sola ofrenda, el

amor desaparece, pues has pedido que un sustituto ocupe su lugar. Y ahora la pugna – el sustituto de la paz – no puede sino acompañar a la

única alternativa que puedes elegir en lugar del amor. El que la hayas elegido es lo que le confiere toda la realidad que parece tener.

Retenemos del propósito del amor al yo especial que fabricamos y tomamos

como nuestra identidad. Este sustituto que elegimos para tomar el lugar de

la paz no tiene realidad en sí mismo, pero el poder de la mente lo hace real

para nosotros mismos al creerlo. Entonces debemos pensar que es posible

amar partes de la Filiación, pero no a todas. Como esta creencia contiene un

pensamiento tan espantoso como la culpa, intentamos enterrarlo y mantenerlo alejado de la conciencia, por eso leemos en el párrafo anterior:

(In.2:1-2) Aprender este curso requiere que estés dispuesto a cuestionar

cada uno de los valores que abrigas. Ni uno solo debe quedar oculto y encubierto, pues ello pondría en peligro tu aprendizaje.

Reconocemos la importancia de este leitmotiv que recorre nuestra sinfonía:

mirar al ego, lo cual levanta el velo de la represión que colocamos entre el

cuerpo y la mente para que nunca veamos nuestra culpa. Sin embargo, el no

mirar no evita que tenga efectos y determine nuestros pensamientos y acciones. Esta es la razón por la que Jesús dice:

(In.2:3-6) Ninguna creencia es neutra. Cada una de ellas tiene el poder de dictar cada decisión que tomas. Pues una decisión es una conclusión

basada en todo lo que crees. Es el resultado de lo que se cree y emana de ello tal como el sufrimiento es la consecuencia inevitable de la culpabilidad, y la libertad, de la falta de pecado.

Es fundamental cuestionar todos los valores; de lo contrario, el pensamiento

que es la base del ego permanece: la grotesca creencia de que hemos

elegido nuestro ser especial en lugar de Cristo, al cual luego se lo describe como una “parodia” del glorioso Ser que Dios creó (T-24.VII.1:11; 10:9). Este pensamiento de pecado y culpa es tan horrible de contemplar, y sus efectos dolorosos tan devastadores, que bloqueamos la locura de la mente de toda conciencia. A pesar de la dinámica de represión, nuevamente, la culpa que negamos sigue estando presente en la mente y dicta nuestras vidas, nuestros intentos de deshacernos de ella a través de la proyección. Por eso, mirar al ego con Jesús es fundamental para el proceso de curación. En el siguiente conjunto de pasajes, Jesús nos ayuda a mirar más detenidamente los pensamientos que no queremos ver: (I.2:1-5) Las creencias nunca se atacarán unas a otras abiertamente, ya que es imposible que se puedan producir desenlaces conflictivos. Mas una creencia que no se haya reconocido es una decisión de batallar en secreto, en la que los resultados del conflicto se mantienen ocultos y nunca se llevan ante la razón para ver si son sensatos o no. Y son muchos los resultados insensatos que se han obtenido y muchas las decisiones absurdas que se han tomado que ahora se han convertido en creencias a las que se les ha otorgado el poder de determinar las decisiones subsiguientes. No subestimes el poder que tienen estos guerreros ocultos para destruir tu paz. Pues ésta se encuentra a su merced mientras tu decisión de dejarla en sus manos siga en pie. Esto se refiere a por qué el ego nos hace reprimir sus pensamientos de pecado y culpa. No podemos cambiar lo que no sabemos que está ahí. Mientras experimentamos continuamente los efectos de estos pensamientos ocultos en nuestro comportamiento, no sabemos qué hacemos ni por qué. El conflicto secreto dentro de nosotros, proyectado sobre Dios, está protegido de la razón por su proyección, dejándonos a nosotros y al mundo en un

estado perpetuo de conflicto y guerra, sin conocer nunca su causa. La paz es

imposible, ya que sus enemigos secretos la mantienen así:

(I.2:6-8) Los enemigos secretos de la paz – tu más mínima decisión de elegir el ataque en vez del amor – se encuentran ahí por tu propia elección, sin ser reconocidos y prestos a desafiarte a combatir y a llevar

a una violencia mucho más grande de lo que te imaginas. No niegues su

presencia ni sus terribles resultados. Lo único que se puede negar es su

realidad, no sus consecuencias.

La frase "por tu propia elección" es crucial porque el ataque es algo que

elegimos. Olvidando que lo hemos hecho así, también olvidamos que fue

nuestra elección. De hecho, incluso olvidamos que tenemos una mente que

puede elegir. Los pensamientos de pecado, odio y asesinato están ahí por

nuestra decisión, ya que hacen que el yo individual sea real, por no hablar

del sufrimiento que es inevitable para los cuerpos y los testigos de su realidad. Solo al recordar que nuestras mentes eligieron a estos

"enemigos

secretos de la paz", podemos decidir contra ellos; de lo contrario, no conoceremos su origen, y seguirán siendo poderosos y devastadores en sus

efectos hasta que dejemos de creer en ellos.

(I.3:1) La única creencia que se mantiene celosamente oculta y que se defiende aunque no se reconoce, es la fe en ser especial.

El fundamento de la mente dividida es la creencia en el ser especial que

fabricamos como sustituto de nuestro Ser creado por Dios. La culpa por nuestra loca elección siempre está asociada con este ser, que luego proyectamos sobre otros con la mágica esperanza de librarnos de ella.

Y

somos libres, siempre que mantengamos en secreto la fuente de nuestra

angustia – la decisión en favor del ego – escondida detrás del doble escudo

de la culpa de la mente y el mundo corporal del especialismo.

(I.3:2-6) Esto se manifiesta de muchas formas, pero siempre choca con la realidad de la creación de Dios y con la grandeza con la que Él dotó a

Su Hijo. ¿Qué otra cosa podría justificar el ataque? ¿Quién podría odiar a alguien cuyo Ser es el suyo propio y a Quien conoce? Sólo los que se creen especiales pueden tener enemigos, pues creen ser diferentes y no iguales. Y cualquier clase de diferencia impone diferentes órdenes de realidad y una ineludible necesidad de juzgar. Esto expresa el leitmotiv de diferencias y semejanza que exploramos en

movimientos previos de nuestra sinfonía. Se repite una y otra vez porque es

el sello distintivo del especialismo, que comenzó con la creencia de que

nuestro ser especial difiere de Cristo y de Dios. La culpa por esta creencia

es la causa de percibir diferencias, pecado e inocencia, entre nosotros y los

demás. Sin embargo, esta diferencia percibida es ilusoria, porque es imposible que solo uno sea pecador y no el otro. Lo que hacemos real en

nosotros mismos debe ser igual en todos y en todo lo que vemos (la proyección da lugar a la percepción). Esto se basa en el uno u otro del ego;

si uno gana, otro pierde: el pecado es de mi hermano o mío; si él lo tiene yo

no lo tengo, lo que me hace diferente e inocente. Esto es así porque ambos

somos diferentes de nuestro Creador.

(I.4:1) Lo que Dios creó no puede ser atacado, pero no hay nada en el universo que sea diferente de ello.

En el universo de Cristo somos uno, y no se puede atacar lo que somos. El

ataque solo es posible en un mundo dualista donde hay un sujeto y un objeto, las diferencias son reales, y al percibirlas las justificamos. Sin embargo, la percepción miente ("Nada es tan cegador como la percepción

de la forma". [T-22.III.6:7]), porque incluso en la ilusión somos iguales en el contenido mental de culpa, perdón y capacidad de elegir entre ellos. (I.4:2) Lo que es diferente, sin embargo, exige juicios, y éstos tienen que proceder de alguien que es "mejor", alguien incapaz de ser como aquel a quien condena, alguien "superior" a él y en comparación, inocente. Ésta es la base de la insidiosa noción de comparación del ego. Constantemente nos comparamos con los demás: o somos mejores que ellos, o viceversa. Si los percibimos como mejores es porque creemos que se llevaron nuestra inocencia especial y merecen ser asesinados por su pecado. Tal locura comenzó con el pensamiento original de comparación: Dios tiene algo que nos falta - Él nos creó; nosotros no lo creamos a Él. Sintiéndonos justificados por la necesidad de existir, buscamos robar la capacidad creativa de Dios, para convertirnos en el creador. Este es el significado de la auto-creación (T-24.VI.11:2), uno de los primeros temas de nuestra sinfonía. La base de todas las comparaciones, por lo tanto, es que percibimos a alguien más como pecador y merecedor de castigo. Esto establece nuestra inocencia, la impecabilidad comprada a expensas de otros. (I.4:3-7) Y así, el deseo de ser especial se convierte simultáneamente en un medio y en un fin. Pues ser especial no solo separa, sino que también sirve como base desde la que el ataque contra los que parecen ser "inferiores", es "natural" y "justo". Los que se creen especiales se sienten débiles y frágiles debido a las diferencias, pues lo que los hace especiales es su enemigo. Sin embargo, ellos lo protegen y lo llaman "amigo". Luchan por él contra todo el universo, pues no hay nada en el mundo que sea más valioso para ellos. El especialismo es "un proveedor de servicio completo", siendo la base del sistema de pensamiento del ser separado, así como el motivador para separarse de los demás como medio de preservar este ser a través del

ataque. A pesar de la apariencia de poder, el especialismo nos hace sentir débiles porque nos hemos separado de la fortaleza de Cristo, tratando de apuntalar esta debilidad con ataques continuos, robando a otros el amor especial que valoramos como fuerza.

(I.5:1) El deseo de ser especial es el gran dictador de las decisiones erróneas.

El especialismo puede equipararse con la culpa, la cual es la que determina todo en el universo material. La culpa y el especialismo son realmente lo

mismo porque la culpa proviene de la creencia de que somos especiales y diferentes. Cuando se proyecta, asume la forma de especialismo, dictando el

curso de nuestras vidas y reforzándose a sí mismo a través de la adquisición de alguien o algo especial que completa lo que hasta ahora estaba incompleto en el Hijo.

(I.5:2-4) He aquí la gran ilusión de lo que tú eres y de lo que tu hermano es. Y he aquí también lo que hace que se ame al cuerpo y que

se considere algo que vale la pena conservar. Ser especial es una postura que requiere defensa.

La gran ilusión es que somos un yo especial, libre de pecado, dejando a los demás como seres especiales, pecadores que merecen ser asesinados por

sus odiosas acciones, contra las cuales debemos defendernos. Los cuerpos

establecen estas diferencias ya que somos evidentemente diferentes unos de

otros en ese nivel. Mas lo que es más importante, es el cuerpo de otra persona el que alberga el pecado que ya no se percibe como nuestro, y esto

nos hace diferentes en nuestra percepción y nos pone a salvo del castigo.

(I.5:5-7) Las ilusiones la pueden atacar y es indudable que lo hacen.

Pues aquello en lo que tu hermano se tiene que convertir para que tu puedas seguir siendo especial es una ilusión. Hay que atacar a aquel que es “peor” que tú, de forma que tu especialismo pueda perpetuarse a costa de su derrota.

Tu yo especial será pecador, culpable y merecedor de la muerte. Mi yo especial – ya que es uno u otro – ahora está libre de pecado y libre para la retribución divina, la vida eterna concedida por el mismo Dios Que te castigará.

(I.5:8-10) Pues ser especial supone un triunfo, y esa victoria constituye la derrota y la humillación de tu hermano. ¿Cómo puede vivir tu hermano con el fardo de todos tus pecados sobre él? ¿Y quién, sino tú, es su conquistador?

El especialismo subyace en cada disputa y guerra, ya sea que se libre en una

relación, en un tribunal, en un edificio empresarial, o entre estados nacionales. Cada conflicto es una expresión de nuestra necesidad de ser

especial como un triunfo sobre otro, mediante el cual nos aseguramos de

que otros terminen derrotados y nosotros salgamos triunfantes. Como la

doctrina del especialismo del ego se basa en la creencia en las diferencias,

dice Jesús:

(I.8:6-10) Te resistes a aceptar este curso porque te enseña que tú y tu hermano sois iguales. No tenéis ningún propósito que no sea el mismo, ni ninguno que vuestro Padre no comparta con vosotros. Pues se ha eliminado de vuestra relación todo objetivo de ser especial.

¿Destruirías

ahora el objetivo de santidad que el Cielo le confirió a esta relación?

¿Qué perspectiva puede tener el que se cree especial que no cambie con

cada aparente golpe, con cada afrenta, o con cada juicio que se imagina

ha sido emitido contra él?

Si nosotros y los demás somos iguales, su pecado significa que somos pecadores. Esto deshace el edificio en el que el especialismo está construido, ya que somos salvados al ser especialmente inocentes y otros

especialmente pecadores. Esto explica por qué Un Curso de Milagros es tan amenazante y difícil de comprender, lo cual no tiene nada que ver con el lenguaje que, ciertamente, en ocasiones puede ser difícil de entender. Como el especialismo es una ilusión, ningún ataque está jamás justificado (T6.in.1; T-30.VI.1:1-2). Intentar proyectar nuestra culpa y conseguir acabar con el asesinato – a veces literalmente – fallará, y el ego no quiere escuchar las buenas noticias de la Expiación que nos recuerdan la inmutable santidad de nuestro hermano y de nosotros. Preferimos la percepción de diferencias variables precisamente porque nos establecen como inocentes victimizados, y no como lo mismo que nuestros victimarios pecadores, los cuales pueden cambiar de forma día a día, incluso momento a momento. (I.9:1-2) Los que se creen especiales se ven obligados a defender las ilusiones contra la verdad, pues ¿qué otra cosa es el deseo de ser especial sino un ataque contra la Voluntad de Dios? Esta es la loca dinámica de estar en guerra con Dios, Quien es la verdad, porque nuestro especialismo no puede tolerar Su Unidad viviente y amorosa. Al mismo tiempo, nuestra culpa ilusoria por la creencia de que la verdad es miedo – el deseo ferviente del ego – nos pone en guerra con todos los demás, quienes en sí mismos son una ilusión porque no hay un yo separado fuera de nosotros para atacar. Esto nos deja en un estado de conflicto entre la verdad y la ilusión, y con un sentimiento de absoluta desesperación porque nada funciona aquí; todas las formas de ayuda colectiva, ya sean políticas, económicas, o religiosas, han fracasado en última instancia porque terminan siendo testigos del especialismo, un altar más dentro de sus santuarios de culpa y miedo. Para repetir, el especialismo significa que somos diferentes, individualmente y como grupos, y esto

contradice la Unidad de la creación de Dios, el Cristo Que es uno con Su

Fuente.

(I.9:3-4) No amas a tu hermano mientras sea eso lo que defiendes en contra suya. Esto es lo que él ataca y lo que tú proteges.

Percibimos que los demás atacan nuestro especialismo y nos protegemos

del robo de nuestra inocencia, la cual otros codician como nosotros codiciamos la suya. Como cada uno está tratando de matar al otro y obtener

lo que cada uno necesita, ninguna relación aquí puede ser amorosa.

Todos

tratamos desesperadamente de demostrar que no estamos haciendo lo que

hacemos en secreto, declarando nuestra bondad amorosa y afirmando el

objetivo de la paz y la armonía, y al mismo tiempo planificando estrategias

de guerra. Del mismo modo, debido a que los individuos mienten, los gobiernos también mienten, por eso elegimos funcionarios que no dicen la

verdad. Realmente no sabríamos qué hacer con políticos que fueran honestos, excepto quizás matarlos.

(I.9:5-8) He aquí el motivo de la batalla que libras contra él. Aquí él no puede sino ser tu enemigo, no tu amigo. Jamás podrá haber paz entre los que son diferentes. Mas él es tu amigo precisamente porque sois lo mismo.

El ego nunca quiere que escuchemos que la paz es imposible entre los diferentes. Nuestros cuerpos fueron hechos para demostrar que las diferencias son la realidad, agravada por la afirmación del ego de que las

diferencias significan que otros tienen lo que nos falta (recuerda la cuarta y

quinta leyes del caos), y que estamos justificados para atacarlos por habernos privado de nuestra inocencia. Además, no podemos amar a quienes percibimos como diferentes. El reflejo del amor (el perdón) es posible solo cuando reconocemos la igualdad inherente del Hijo de Dios.

En "La perfidia de creerse especial", la siguiente sección a considerar, encontramos una discusión sobre el tema de la comparación, un

componente intrínseco de las relaciones especiales.

(II.1) Hacer comparaciones es necesariamente un mecanismo del ego, pues el amor nunca las hace. Creerse especial siempre conlleva hacer comparaciones. Pues se establece al ver una falta en otro, y se perpetúa

al buscar y mantener claramente a la vista cuanta falta se pueda encontrar. Esto es lo que persigue el especialismo, y esto es lo que contempla. Y aquel a quien tu deseo de ser especial así rebaja, habría sido tu salvador si tú no hubieses elegido usarlo como un triste ejemplo

de cuán especial eres tú. Frente a la pequeñez que ves en él, tú te yergues alto y señero, irreprochable y honesto, puro e inmaculado. No entiendes que al hacer eso es a ti mismo a quien rebajas.

La idea de que la comparación es del ego es tan importante que Jesús la

repite casi palabra por palabra en el libro de ejercicios: “El amor no hace

comparaciones” (L-pl.195.4:2). Esto explica por qué hicimos otros cuerpos

y nos deleitamos en odiarlos. Cuando rebajamos a otros, nos elevamos como en un sube y baja, percibiendo a los demás como peores que nosotros.

Por otro lado, si los percibimos como mejores, una tentación perenne, es

sólo porque robaron nuestro especialismo, justificando así nuestro odio.

De

cualquier manera, el ego se jacta de su grandiosidad, excepto que es una

grandiosidad que no puede ocultar por mucho tiempo la denigración del

Hijo de Dios, quien se ha convertido en nuestro yo rebajado.

(II.2:1-4) Tratar de ser especial es siempre a costa de la paz. ¿Quién podría atacar y menospreciar a su salvador y al mismo tiempo reconocer su fuerte apoyo? ¿Quién podría menoscabar su omnipotencia y al mismo tiempo compartir su poder? ¿Y quién podría usarlo

como medida de la pequeñez y al mismo tiempo liberarse de toda limitación?

En pocas palabras, perseguimos el especialismo porque no queremos la paz,

la cual llega cuando percibimos nuestras diferencias con los demás como irrelevantes. Dado que la paz debe seguir a la percepción de igualdad, podemos entender por qué únicamente ha habido conflicto en el mundo.

Los tratados se negocian después de una guerra desde el punto de vista del vencedor, quien dicta los términos de la paz. Esta percepción de un ganador

y un perdedor acentúa la creencia en las diferencias. Sin embargo, como

realmente no podemos ser diferentes de los demás, la forma en que los

vemos es como nos vemos a nosotros mismos: débiles, pequeños y especiales.

(II.2:5-9) Tú tienes una función que desempeñar en la salvación.

Realizarla te brindará felicidad. Pero tratar de ser especial siempre te ocasionará dolor. Pues es una meta que se opone a la salvación, y, por lo

tanto, va en contra de la Voluntad de Dios. Atribuir valor a ser especial es apreciar una voluntad ajena, para la cual las ilusiones acerca de ti son más importantes que la verdad.

El efecto del dolor es inevitable una vez que elegimos hacer de su causa – el

pecado del especialismo – nuestra identidad. Al hacerlo, hemos elegido negar la verdad, prefiriendo una voluntad separada a nuestra realidad como

la Voluntad de Dios. Como creemos que este especial auto-ataque es la

salvación, su dolor concomitante eventualmente se convierte en nuestro

motivador por elegir contra sus mentiras y en favor de la verdad.

(II.3:1-3) Ser especial es la idea del pecado hecha realidad. Sin esa base

no es posible ni siquiera imaginarse el pecado. Pues el pecado surgió de

ella, de lo que no es nada, y no es más que una flor maléfica desprovista

de raíces.

Creemos que logramos lo imposible al separarnos pecaminosamente de Dios y que nuestra existencia independiente nos hace especiales, reflejando el matrimonio del especialismo y el pecado. Todas las relaciones especiales se basan en el pecado – tú el pecador, yo el inocente – y de esta manera la creencia de la mente en la pecaminosidad queda oculta. Sin embargo, el hecho es que el especialismo no tiene raíces reales porque la diminuta y alocada idea nunca ocurrió. El ego dijo que sí y la llamó maléfica, siendo nuestra identidad pecaminosa el resultado infeliz, y a pesar de los testigos que convoca para probar su realidad, el especialismo sigue siendo una mentira: no hay flor, ni raíces, ni suelo.

(II.3:4-7) He aquí al que se ha erigido a sí mismo en “salvador”, el “creador” que crea de forma diferente a como crea el Padre e hizo que Su Hijo fuese como él y no como el Padre. Sus hijos “especiales” son muchos, nunca uno solo, y cada uno de ellos se encuentra exiliado de sí mismo y de Aquel de Quien forma parte. Y ninguno de ellos ama la Unicidad que los creó como uno solo con Él. Ellos eligieron el especialismo en lugar del Cielo y de la paz, y lo envolvieron cuidadosamente en el pecado para mantenerlo “a salvo” de la verdad. Somos los falsos creadores de nuestro hijo especial, el especialismo del que se derivan las relaciones de nuestro ego; aquellos a quienes amamos odiar y aquellos a quienes amamos amar. Todos sirven para mantenernos separados de nuestro Creador y Ser, a Quien despreciamos porque Su amorosa Unicidad amenaza nuestro especialismo. Sin embargo, el pecado viene al rescate, porque nos protege del amor y la verdad, y la proyección del pecado en los demás nos salvaguarda del iracundo castigo de Dios.

(II.4:1-4) Tú no eres especial. Si crees que lo eres y quieres defender tu especialismo en contra de la verdad de lo que realmente eres, ¿cómo

vas a poder reconocer la verdad? ¿Qué respuesta del Espíritu Santo podría llegar hasta ti, cuando a lo que escuchas es a tu deseo de ser especial, que es lo que pregunta y lo que responde? Tan sólo prestas oídos a su mezquina respuesta, la cual ni siquiera se oye en la melodía que en amorosa alabanza de lo que eres fluye eternamente desde Dios a ti.

Este importante pasaje explica por qué estamos tan casados con nuestro

especialismo, que ahogamos la Voz de Expiación del Espíritu Santo que dice: "No hay seres ni cosas especiales; solo el único Ser que Dios creó como el Cristo eterno e inmutable, Quien es uno con Su inmutable Fuente".

Como el ego no quiere escuchar la Voz que de otra manera sería muy convincente, escuchamos la dureza del especialismo en su lugar. La melodía eterna y silenciosa del Cielo, de la cual la Expiación es el suave

recordatorio, es la canción olvidada en cuya presencia nuestro yo especial

desaparecería; la individualidad que anhelamos, cultivamos y apreciamos se

iría para siempre, al no haber existido nunca.

(II.4:5-6) Y este colosal himno de honor que amorosamente se te ofrece

por razón de lo que eres parece silencioso e inaudible ante el "poderío" de tu especialismo. Te esfuerzas por escuchar una voz que no tiene sonido, y, sin embargo, la Llamada de Dios Mismo te parece insonora. No importa cuánto nos esforcemos por prestar atención a la voz del ego,

sigue siendo una ilusión. Esta es la alucinación de la que Jesús habló antes

(T-20.VIII.7-8). Nos esforzamos por escuchar la canción del especialismo,

que no se puede escuchar porque no está allí. Pero creyendo que la escuchamos, no podemos reconocer la llamada real de Dios, la Voz apacible

y delicada que habla del Pensamiento silencioso que espera pacientemente a

nuestro regreso.

(II.5:1-5) Puedes defender tu especialismo, pero nunca oirás la Voz que

habla en favor de Dios a su lado, pues hablan diferentes idiomas y llegan a oídos diferentes. Para todo aquel que se cree especial la verdad tiene un mensaje diferente, y un significado distinto. Sin embargo, ¿cómo podría ser que la verdad fuese diferente para cada persona? Los mensajes especiales que oyen los que se creen especiales les convencen de que ellos son diferentes y de que son algo aparte, cada uno con sus pecados especiales y “a salvo” del amor, el cual no ve su especialismo en absoluto.

Esto expresa el tema del propósito: el especialismo está diseñado para ponernos “a salvo” del Amor. Para el ego, si elegimos el Amor de Dios como nuestro Ser, desaparecemos. Temiendo el poder de la mente para

elegir ese Amor y buscando evitar nuestra propia disolución, nos volvemos

sin mentes. Proyectando al yo especial en un cuerpo, fabricamos una multitud de cuerpos diferenciados para albergar nuestro pecado proyectado,

dándole la bienvenida a la primera ley del caos ("hay una jerarquía de ilusiones"). El especialismo de las diferencias se vuelve persuasivamente

real, y la unidad de la creación es relegada a una idea delirante.

(II.5:6) La visión de Cristo es su “enemigo”, pues no ve aquello que ellos quieren ver y les mostraría que el especialismo que ellos creen ver es una ilusión.

La visión de Cristo ve a todos como iguales, compartiendo una locura y una

necesidad de despertar del sueño del infierno del ego. Solo cuando vemos la

igualdad en todos los Hijos de Dios podemos recordar que compartimos un

Ser como Cristo.

(II.6:1-2) ¿Qué podrían ver en su lugar? Podrían ver el brillante fulgor del Hijo de Dios, tan semejante al de su Padre que el recuerdo de Éste alborearía de inmediato en sus mentes.

Cuando hablamos de "Los dos cuadros" en el Capítulo 17, mencioné las

referencias a Hamlet que comparó a su tío asesino con su padre muerto, a quien idolatraba. El mismo tema ocurre aquí, no comparando lo diferente con lo semejante sino lo semejante con lo semejante. Este es el miedo del ego, que miremos a través de la visión de Cristo y reconozcamos la luz que compartimos como un Hijo radiante, uno con el Amor del Padre.

Nuestros

juicios diferenciadores evitan que esto suceda.

(II.6:3-4) Y con ese recuerdo el Hijo recordaría sus propias creaciones, que son tan semejantes a él como él es semejante a su Padre. Y el mundo que él construyó, así como su deseo de ser especial junto con todos los pecadores que en defensa de ese deseo albergó contra sí mismo, se desvanecerían a medida que su mente aceptase la verdad acerca de lo que él es y retornase a ocupar el lugar que aquellos ocupaban.

Nuevamente leemos sobre la fuente de nuestro miedo, descrita anteriormente (T-13.III.4). Si recordamos el Amor de Dios y lo aceptamos,

saltaríamos instantáneamente a Sus brazos y el mundo desaparecería, ya

que no necesitaríamos defendernos de un Amor que sabíamos que era nuestra Identidad. Este recuerdo gozoso regresa cuando vemos el reflejo del

amor en todos los que conocemos, reconociendo finalmente a cada uno

como nuestro Ser, como a nuestras creaciones en el Cielo – tan semejantes a

nosotros como al Padre.

(II.6:5-6) Éste es el único “costo” de la verdad: jamás volverás a ver lo que nunca tuvo lugar ni a oír lo que no tiene sentido. ¿Es acaso un sacrificio renunciar a lo que no es nada y recibir a cambio el Amor de Dios para siempre?

La respuesta a la pregunta de Jesús es obviamente “no”. No obstante, es un

sacrificio, y uno que tiene un gran costo, el creer que perderemos nuestro yo

separado y especial. Al practicar continuamente el perdón
reconoceríamos
que no somos nuestros cuerpos, y nuestra identidad entonces
cambiaría de
la entidad física que creemos que somos al ser tomador de decisiones
de la
mente que puede elegir contra los engaños. Al elegir a Dios, por fin
nos
daremos cuenta con gozo de que no hemos renunciado a nada. Como
leímos
antes: "Y pensarás, con feliz asombro, que a cambio de todo esto
renunciaste a lo que no era nada (T-16.VI.11:4).
Ahora comenzamos nuestra inmersión en el tema central de este
movimiento - el asesinato: quiero que tú mueras para que yo viva.
(II.12) El deseo de ser especial es el sello de la traición impreso sobre
el
regalo del amor. Todo lo que apoya sus propósitos no tiene otro
objetivo
que el de matar. Todo regalo que lleve impreso su sello no ofrece otra
cosa que traición al que lo da y al que lo recibe. Ni una sola mirada de
los ojos que él ciega deja de contemplar escenas de muerte. Todo
aquel
que cree en su poder no hace sino transigir y hacer concesiones para
establecer al pecado como sustituto del amor y servirle con gran
lealtad. Y toda relación que tenga el propósito del pecado en gran
estima no hace sino aferrarse al asesinato como arma de seguridad y
como el protector supremo de todas las ilusiones contra la amenaza
del
amor.
Todo lo que vemos como diferente de nosotros lo buscamos para
destruirlo,
física y psicológicamente, siendo nuestras declaraciones contrarias al
amor.
Como siempre, el principio del ego es uno u otro, donde la línea de
fondo es
nuestra supervivencia: si vamos a vivir, otro debe pagar el precio y
morir.
De hecho, utilizamos la experiencia del amor especial para ocultar la
sombria intención de asesinato del ego, al cual somos muy fieles. Ni
una

oportunidad escapa a nuestra vista llena de pecado para aprovechar el especialismo que creemos que se nos negó. Si nosotros no podemos tomarlo directamente, negociamos y nos comprometemos a hacer nuestra la inocencia de otro. Y todo mientras el amor espera silenciosamente detrás de los bastiones del asesinato y el odio del ego, a que cambiemos nuestras mentes.

(II.13) La esperanza de ser especial hace que parezca posible que Dios hizo al cuerpo para que fuese la prisión que mantiene a Su Hijo separado de Él. Pues el especialismo requiere un lugar especial donde Dios no pueda entrar y un escondite donde a lo único que se le da la bienvenida es a tu insignificante yo. Nada es sagrado aquí, excepto tú y sólo tú, un ente aparte y separado de todos tus hermanos; a salvo de cualquier intrusión de la cordura en las ilusiones; a salvo de Dios, pero destinado al conflicto eterno. He aquí las puertas del infierno tras las cuales tú mismo te encerraste, para gobernar en la demencia y en la soledad de tu reino especial, separado de Dios y alejado de la verdad y de la salvación.

El cuerpo es sagrado para nosotros porque es el guardián de la religión del ego de la separación de Dios. No solo nos mantiene separados a unos de otros, sino que excluye al Dios Cuyo espíritu no sabe nada de lo que no es Su Ser. El ego etiqueta este estado separado como pecado, y la culpa por nuestro especia-lismo es tan enorme que todo lo que podemos hacer para aferrarnos al yo especial con un hilo arrugado y gastado, es buscar frenéticamente eliminar el pecado culpando a otros por él. Nuestras vidas se gastan en guerras que tienen a Dios como el enemigo último, y la culpa reforzada nos impulsa a no cesar nunca tal locura. Estos esfuerzos inútiles para preservar nuestro reino especial nos dejan en un estado perpetuo de

desesperanza, mientras Jesús continúa:

(II.14:3-5) Ésta es la desesperación por la que ahora estás pasando, pero no es más que una ilusión de desesperación. La muerte de tu especialismo no es tu muerte, sino tu despertar a la vida eterna. No haces sino emerger de una ilusión de lo que eres a la aceptación de ti mismo tal como Dios te creó.

Vimos algo similar al final del Capítulo 3, donde Jesús nos dijo que la muerte que tememos no es la nuestra propia. La muerte del especialismo,

realmente la muerte de la nada, el ego nunca quiere que la veamos, porque

eso conduce a su disolución y al retorno a nuestra vida eterna como Cristo.

Mientras nos aferremos a la ilusión de un yo que debe vivir a toda costa,

nuestra vida es un campo de batalla continuo en el que buscamos la destrucción. Podemos creer que hemos ganado una batalla hoy, pero vivimos para luchar, arrastrándonos a un ritmo mezquino mañana, mañana

y nuevamente mañana, parafraseando a Macbeth (V, v).

(III.2:1-4) Cualquier forma de especialismo que aún valores, la has convertido en un pecado. Se alza inviolable, y la defiendes acérrimamente con toda tu endeble fuerza contra la Voluntad de Dios. Y así, se alza contra ti, como enemiga tuya, no de Dios. De este modo, parece escindirte de Dios y hacer que estés separado de Él en cuanto que defensor de ella.

En pocas palabras, el propósito del especialismo es mantenernos separados

de nuestro Creador. El pecado es la piedra angular de su sistema de pensamiento porque establece que la separación es real, y el yo especial que

abrazamos como nuestra identidad es una prueba de la realidad del ego. La

locura dicta la creencia de que hemos defendido con éxito nuestra debilidad

contra la fortaleza de Cristo, Quien en nuestro sistema de pensamiento delirante es humillado por el poder de nuestro especialismo.

(III.2:5-7) Prefieres proteger lo que Dios no creó. Sin embargo, este ídolo que parece conferirte poder, en realidad te lo ha arrebatado. Pues le has dado el patrimonio de tu hermano, dejando a este solo y

condenado, y quedando tú hundido en el pecado y en el sufrimiento junto con él ante el ídolo que no puede salvaros.

El tema de "el patrimonio de tu hermano" [la primogenitura de tu hermano (your brother's birthright)] es de origen bíblico (Génesis 25:31-34), y se repite más adelante en nuestra sinfonía también. Jesús habla de los ídolos

del pecado y el especialismo que intentamos robar a otros, sin reconocer

nunca la debilidad que esto engendra en el Hijo de Dios. El poder, si es verdad, solo puede ser compartido por todos por igual, reflejando el poder

de la perfecta Unidad de Cristo – nuestro verdadero derecho de primogenitura. Una vez que nosotros creemos que uno puede tener lo que le

falta a otro, nos condenamos a una guerra de especialismo que nunca podrá

ser ganada, incluso con nuestras grandiosas ilusiones de victoria y triunfo.

(III.3) No eres tú el que es tan vulnerable y susceptible de ser atacado que basta una palabra, un leve susurro que no te plazca, una circunstancia adversa o un evento que no hayas previsto para trastornar todo tu mundo y precipitarlo al caos. La verdad no es algo frágil, y las ilusiones no pueden afectarla ni cambiarla en absoluto.

Pero ser especial no es lo que es verdad acerca de ti. Pues cualquier cosa puede hacerle perder el equilibrio. Lo que descansa sobre lo que no es nada jamás podrá ser estable. Por muy grande y desmesurado que parezca, se tambaleará, dará vueltas y revoloteará con la más tenue brisa.

Todos estamos más que familiarizados con la descripción de Jesús. Incluso

las cosas más triviales pueden provocarnos: alguien no nos mira bien, o

sucede lo inesperado que arruina nuestros planes. Nos enojamos porque el

yo especial se basa en el control, no sea que Dios rompa nuestras murallas

defensivas y nos destruya. Lo que puede ser destruido, sin embargo, no

somos nosotros, sino el yo irreal y lleno de culpa que es vulnerable al

ataque, a pesar de sus fanfarronerías de omnipotencia. A raíz de tal fanfarronería, la verdad permanece imperturbable e inmutable, siendo una

con la fortaleza que es su realidad dada por Dios.

(III.4:4-6) Tu deseo de ser especial es lo que se ve atacado por todo lo que camina o respira, se arrastra o se desliza, o simplemente vive.

Nada

está a salvo de su ataque, y ello no está a salvo de nada. Jamás habrá de

perdonar, pues esto es lo que es: un voto secreto de que lo que Dios quiere para ti nunca se dé y de que te opondrás a Su Voluntad para siempre.

El voto secreto que hacemos con el ego es otro motivo importante que hemos visto anteriormente en nuestra sinfonía (T-19.IV-D.3,6) y volveremos a ver. Reafirmamos este voto con cada cosa especial en nuestra

vida que nos asedia o consuela, animada o inanimada. Empeñados en la

muerte, continuamos esta danza de odio, con nuestras voluntades separadas

que se oponen a la de Dios, hasta que finalmente decidamos aceptar la

verdad de nuestra realidad como el único Hijo de Dios.

(III.4:7) No es posible tampoco que ambas voluntades puedan jamás ser la misma, mientras tu deseo de ser especial se alce como una llameante espada de muerte entre ellas, haciendo que sean enemigas. Siempre somos diferentes en el especialismo. La "llameante espada de muerte" [la espada encendida (flaming sword)] es otra referencia al libro del

Génesis (3:24) cuando Dios, después de haber desterrado a Adán y Eva,

colocó una espada encendida ante las puertas del Paraíso para evitar que sus

dos hijos pecadores regresaran. Jesús lo está usando como un símbolo de

ataque y muerte que colocamos entre nosotros como declaraciones de guerra, ya que cada uno de nosotros está seguro de que nuestras amenazas

de asesinato están justificadas.

El siguiente pasaje esboza el tema antes mencionado del soñador (causa) y el sueño (efecto), que se convierte en una parte destacada de los Capítulos

27 y 28:

(V.2:1) No hay ningún sueño de querer ser especial que no suponga tu propia condenación, por muy oculta o disfrazada que se encuentre la forma en que éste se manifiesta, por muy hermoso que pueda parecer o

por muy delicadamente que ofrezca la esperanza de paz y la escapatoria del dolor.

Intentamos desesperadamente deshacernos del sueño secreto del odio a

nosotros mismos (culpa) proyectando esta condenación sobre otros, intentando hacerlos responsables de nuestro dolor. La verdad, sin embargo,

es que somos iguales, no diferentes, y si condenamos a otro como pecador,

estamos conde-nándonos en secreto a nosotros mismos. Incluso si la forma

del pecado es incongruente con nosotros, el contenido sigue siendo el mismo: no somos iguales únicamente en la necesidad de escapar del dolor

del sueño, el efecto, sino también en compartir la decisión de la mente por

el pecado y la culpa que es la causa de todo sufrimiento.

(V.2:2-4) En los sueños, causa y efecto se intercambian, pues en ellos el

hacedor del sueño cree que lo que hizo le está sucediendo a él. No se da

cuenta de que tomó una hebra de aquí, un retazo de allá y tejió un cuadro de la nada. Mas las partes no casan, y el todo no les aporta nada

que haga que tengan sentido.

Es así para el mundo que creemos que es tan glorioso, cuando en realidad

no es más que el efecto de una inexistente causa. Simplemente elegimos

una cosa de aquí y otra de allá, forjando estas ilusiones en algo que parece

cohesivo. Y lo es, pero solo como un medio para proyectar la culpa. Es este propósito el que une al mundo y le da el sentido de ver nuestra culpa en alguien que no es nosotros mismos. Dado que la culpa es ilusoria, todo aquí se mantiene unido por una nada que simplemente parece real, enmascarando el deseo de la mente de matar. Este deseo es nuestro paso a uno de los pasajes más fuertes en el Curso, describiendo la crueldad del mundo que ha provocado la culpa:

(V.4:1-2) Mas deja que tu deseo de ser especial dirija su [de tu hermano] camino, y tú lo recorrerás con él. Y ambos caminaréis en peligro, intentando conducir al otro a un precipicio execrable y arrojarlo por él, mientras os movéis por el sombrío bosque de los invidentes, sin otra luz que la de los breves y oscilantes destellos de las luciérnagas del pecado, que titilan por un momento para luego apagarse.

El lenguaje evocativamente gráfico refleja su contenido. Queremos que nuestro especialismo nos oriente en la seducción y manipulación de los demás, para que nos sigan en la danza del pecado que culmina en su muerte. En este consumado acto de asesinato salimos triunfantes, recordando nuestro triunfo original cuando nos paramos junto al cadáver de

Dios, exclamando con orgullo: "Hemos reemplazado a Dios, existimos como el creador que se creó a sí mismo". Revivimos este instante no santo

en todas nuestras relaciones, escuchando el pensamiento de especialismo

que dirige nuestras percepciones y comportamientos. Incluso cuando parece

que somos amables y amorosos, el pensamiento subyacente es el asesinato

y el objetivo es arrojar a nuestros hermanos por el precipicio de la culpa,

lanzándolos al abismo de la muerte para que podamos escapar del castigo

de Dios por nuestros pecados de separación. Esto actúa fortaleciendo el ciclo de culpa y muerte del ego que preserva nuestro yo especial en un sangriento campo de batalla.

(V.4:3-6) Pues, ¿en qué puede deleitarse el deseo de ser especial, sino en

matar? ¿Qué busca ver sino la muerte? ¿Adónde conduce, sino a la destrucción? Mas no creas que fue a tu hermano a quien contempló primero, ni al que aborreció antes de aborrecerte a ti.

El aborrecimiento tiene su origen en nuestra mente porque creemos que

somos pecadores y merecemos ser castigados por lo que creemos que hicimos por amor: sacrificar egoístamente a Otro para satisfacer nuestra

necesidad egoísta de existir. Por mucho que tratemos de convencernos a

nosotros mismos de que otros deben ser destruidos por su pecado, en lo

profundo sabemos que somos los que merecemos el castigo máximo: la idea

del pecado nunca ha abandonado su fuente en la mente y tendrá su venganza satisfecha.

(V.4:7) El pecado que sus ojos ven en él y en lo que se deleitan, lo vio en

ti y todavía lo sigue contemplando con deleite.

Si merecemos que nos maten por nuestro pecado, este debe ser real, haciendo que la separación también sea real. El ego habrá triunfado como

sustituto de la Voluntad de Dios, la patente locura que es la fuente de la

alegría del ego y nuestra existencia especial.

(V.4:8) Sin embargo, ¿qué deleite te puede dar contemplar la putrefacción y la demencia [decadencia (decay)], y creer que esa cosa que está a punto de desintegrarse, con la carne desprendiéndose ya de

los huesos y con cuencas vacías por ojos es como tú?

Mientras Jesús habla de la forma putrefacta del cuerpo – con la carne desprendiéndose ya de los huesos – el contenido es claramente el especialismo de la mente, su sistema de pensamiento de disolución y

decadencia. Freud enseñó, como muchos otros, que desde el nacimiento nos preparamos para la muerte, y que no puede haber una esperanza duradera porque todo llega a un final. A pesar de los intentos mágicos de la relación especial de asegurar que alguien muera para que podamos vivir, la culpa permanece, junto con la tristeza de nuestra desesperación. Pero la Expiación de la mente permanece en buen estado, recordándonos que nuestro verdadero Ser es incorruptible y eterno.

El siguiente párrafo ofrece una mirada más detallada al yo especial que se aloja en el cuerpo que deseamos matar.

(VII.4:1-2) Hazte a ti mismo esta pregunta: ¿Puedes proteger la mente? El cuerpo sí, un poco, más no del tiempo, sino temporalmente. Ten en cuenta el juego de palabras en tiempo. Aunque el ego nos dice que podemos proteger la mente fabricando un cuerpo, la culpa que permanece en la mente genera la vulnerabilidad del cuerpo a los estragos del tiempo. Inevitablemente el cuerpo envejece, se debilita y muere debido a la culpa, no a las pseudo leyes del cuerpo que son las proyecciones de la mente sobre la debilidad inherente del pecado.

(VIII.4:3-5) Y mucho de lo que crees que lo protege, en realidad le hace daño. ¿Para qué quieres proteger el cuerpo? Pues en esa elección radica tanto su salud como su destrucción.

Volvemos al importantísimo tema del propósito. Es el porqué de lo que deseamos aprender del cuerpo – perdón o culpa – lo cual determina si se usa para sanar o para destruir.

(VII.4:6-7) Si lo proteges para exhibirlo o como carnada para pescar otro pez, o bien para albergar más elegantemente tu especialismo o para tener un marco de hermosura alrededor de tu odio, lo estás condenando a la putrefacción y a la muerte. Y si ves ese mismo propósito en el cuerpo de tu hermano, tal es la condena del tuyo.

Si usamos el cuerpo para atrapar a otros, atrayéndolos a nuestra red para ser canibalizados y destruidos, estamos eligiendo el mismo resultado para nosotros. El uso seductor del cuerpo por parte del ego solo puede reforzar la culpa, lo que hace del cuerpo su símbolo, la razón por la cual lo odiamos.

Además, cuando comenzó el sueño de separación, hicimos que nuestros cuerpos sufrieran y fallaran: que se volvieran distorsionados, deteriorándose hasta la muerte. Esta inevitabilidad se hace eco del resultado del yo mental que creemos que merece su destino debido al pecado, una creencia que no impide que busquemos desesperadamente culpar a otras causas del fracaso del cuerpo.

La siguiente sección, "Ser especial en contraposición a ser impecable", profundiza en el tema del propósito del ego para el cuerpo, que se contrastará a continuación con la corrección del Espíritu Santo. (IV.1:1) Ser especial implica una falta de confianza en todo el mundo excepto en ti mismo.

No confiamos en los demás porque les hemos entregado nuestro pecado, lo que nos lleva a creer que son engañadores en quienes no se puede confiar.

Lo que vemos en el mundo es lo que no deseamos reconocer en nosotros mismos: la proyección da lugar a la percepción.

(IV.1:2-3) Depositas tu fe exclusivamente en ti. Todo lo demás se convierte en tu enemigo: temido y atacado, mortal y peligroso, detestable y merecedor únicamente de ser destruido.

Caminamos por la tierra armados con el pensamiento de no confiar en nadie. Después de todo, hicimos el mundo a nuestra propia imagen y semejanza, la del yo engañador, asesino y pecador que sólo se preocupa por

sí mismo. Al proyectar esta imagen en otros, ¿cómo podríamos confiar en

ellos? Viviendo aquí con un miedo mortal, siempre necesitando ser

defendidos contra los ataques, nunca podremos sentirnos seguros mientras

nos identifiquemos con nuestros cuerpos.

(IV.1:4-6) Cualquier gentileza que este enemigo te ofrezca no es más que un engaño, pero su odio es real. Al estar en peligro de destrucción tiene que matar, y tú te sientes atraído hacia él para matarlo primero. Tal es la atracción de la culpabilidad.

Podemos ser amables, solo porque esperamos recibir algo a cambio. Creemos que la gente está dispuesta a matarnos, pero en verdad nosotros

queremos matarlos primero. Nuestro mundo es un gran campo de batalla

generado por la culpa, y el yo especial en el que creemos es la prueba de

que logramos lo imposible al destruir el Cielo. La esperanza es ilusoria porque la muerte es segura.

(IV.1:7) Ahí se entrona a la muerte como el salvador; la crucifixión se convierte ahora en la redención, y la salvación no puede significar otra cosa que la destrucción del mundo con excepción de ti mismo.

Incluso si soy la única persona que queda en la tierra, habré salido triunfante en mi locura, habiendo destruido a todos los demás. Esto me dejaría como el Dios exclusivo, la victoria final del ego y la salvación.

(IV.2:1-3) ¿Qué otro propósito podría tener el cuerpo sino ser especial? Esto es lo que hace que sea frágil e incapaz de defenderse a sí mismo. Fue concebido para hacer que tú fueses frágil e impotente.

De nuevo vemos por qué hicimos que el cuerpo fuera vulnerable: frágil,

impotente y listo para desmoronarse ante el menor indicio de ataque. Esto

prueba que el mundo quiere atraparnos y que no es culpa nuestra que seamos víctimas. El pecado que representa nuestro cuerpo defectuoso ya no

es nuestro, al mágicamente pensar que se lo hemos dado a otro – el propósito del ego para el mundo.

(IV.2:4-5) La meta de la separación es su maldición. Los cuerpos, no obstante, no tienen metas.

El ego trata desesperadamente de evitar que reconozcamos el hecho de que

"los cuerpos, no obstante, no tienen metas", porque el cuerpo independiente

y autónomo es su arma principal contra la elección de Dios de la mente y así poner fin a la separación. Creer que somos cuerpos gobernados por cerebros, nos mantiene perpetuamente sin mentes e incapaces de escoger.

Sin embargo, Jesús piensa de otra manera:

(IV.2:6-12) Tener propósitos es algo que es sólo propio de la mente. Y las mentes pueden cambiar si así lo desean. No pueden cambiar sus cualidades inherentes ni sus atributos, pero sí pueden cambiar el propósito que persiguen, y al hacer eso, los estados corporales no pueden sino cambiar también. El cuerpo no puede hacer nada por su cuenta. Considéralo un medio de herir, y será herido. Considéralo un medio para sanar y sanará.

El miedo mortal del ego es que, si volvemos a nuestra mente y su poder

para elegir, seremos curados de la creencia de que las mentiras de separación del ego son verdaderas. La curación, entonces, no tiene nada que

ver con el cuerpo porque una alucinación no puede enfermar. Si la mente se

cura de la culpa, independientemente de cómo el cuerpo parezca estar, nos

mantenemos sanos porque la salud es inocencia y la enfermedad es culpa.

Saber que somos mentes nos permite estar libres de la identificación corporal, que es la fuente del nivel de confusión que permite sobrevivir al

ego y que nosotros permanezcamos sin mente. Esta libertad significa que

nuestros cuerpos pueden volverse conscientemente los medios elegidos para

aprender a perdonar y sanar, en lugar del pecado y el dolor.

(IV.3:1-5) Sólo puedes hacerte daño a ti mismo. Hemos repetido esto con frecuencia, pero todavía resulta difícil de entender. A las mentes empeñadas en ser especiales les resulta imposible entenderlo. Pero a las

que desean curar y no atacar les resulta muy obvio. El propósito del ataque se halla en la mente, y sus efectos sólo se pueden sentir allí donde se encuentra dicho propósito.

Es difícil comprender que solo nos hacemos daño a nosotros mismos

porque nuestro concepto de nosotros mismos está muy firmemente arraigado en el cuerpo que parece sufrir por causas fuera de su control.

Proyectamos los efectos del ataque porque proyectamos la causa del pecado. Al pensar que nuestro cuerpo sufre, con el pecado fuera de la mente

en el cuerpo de otro, nuestro dolor parece ser el resultado del pecado de otra

persona. Esto refleja la necesidad de estar sin mente y ver a todos y todo,

incluido nuestro cuerpo, incidiendo en nosotros para inducir nuestra angustia. Simplemente dicho, el especialismo enfoca el ataque en el cuerpo,

mientras que el perdón nos regresa a la mente donde el ataque y el dolor son

causados, verdaderamente experimentados y finalmente liberados a través

del milagro:

(IV.3:6-9) La mente no es algo limitado, y a eso se debe que cualquier propósito perjudicial le haga daño a toda ella cual una sola. Nada podría tener menos sentido para los que se creen especiales. Nada podría tener mayor sentido para los milagros. Pues los milagros no son sino el resultado de cambiar el propósito de herir al de sanar.

Al elegir el asesinato para que reine en nuestras mentes, reforzamos la decisión de todos por ese mismo pensamiento, diciéndoles que tienen razón

al decidir por el ego porque es la única manera de proteger su ser especial.

Las personas en su mente correcta no se ven afectadas por las decisiones de

mentalidad-errada de los demás. Sin embargo, cuando estamos sumidos en

el especialismo, viendo solo las diferencias entre los Hijos de Dios, somos

incapaces de comprender la unidad de la mente. Ahí es cuando debemos

elegir el cambio de mente del milagro, contra la separación del ego y en

favor de la Expiación del Espíritu Santo. Al hacerlo, entendemos el significado de sanar y ser sanados, y todos los Hijos de Dios junto con

nosotros.

(IV.3:10-11) Este cambio de propósito pone “en peligro” el especialismo, pero solo en el sentido de que la verdad supone una “amenaza” para todas las ilusiones. Ante ella no pueden quedar en pie.

El ego nos vuelve sin mentes para que no cambiemos nuestro propósito desde el especialismo a la santidad, lo que amenazaría las fortalezas de la culpa que son nuestro hogar especial. La oscuridad de las ilusiones no puede resistir la presencia de la verdad llena de luz, porque cuando se lleva al pensamiento de los intereses compartidos, la creencia en intereses separados siempre cederá.

(IV.3:12-15) No obstante, ¿qué consuelo encontraste jamás en ellas para que le niegues a tu Padre el regalo que te pide y para que en lugar de dárselo a Él se lo des a ellas? Si se lo das a Él, el universo es tuyo. Si se lo das a las ilusiones, no recibes ningún regalo a cambio. Lo que le has dado a tu especialismo te ha llevado a la bancarrota, dejando tus arcas yermas y vacías, con la tapa abierta invitando a todo lo que quiera perturbar tu paz a que entre y destruya.

El regalo es el poder de la mente para elegir, que cuando se le da a Dios resulta en el gozo de recordar nuestra Identidad en Él. Pero cuando este poder se otorga al especialismo del ego, la mente se convierte en una puerta abierta que invita a todo el mundo a entrar y destruirnos, lo cual queremos porque Dios entonces reconocerá que nuestro pecado está en otro. Esta

locura nos haría dar la bienvenida a la aridez de la separación y del odio del ego, desterrando para siempre la abundancia de amor perfecto del Cielo.

(IV.4:1-4) Te dije anteriormente que no te detuvieses a examinar los medios con los que se logra la salvación, ni cómo se alcanza ésta [ver T20.VII]. Pero examina detenidamente si es tu deseo ver a tu hermano

libre de pecado. Para todo aquel que se cree especial la respuesta tiene que ser "no". Un hermano libre de pecado es enemigo de su especialismo, mientras que el pecado, de ser posible, sería su amigo. Este tema de los medios y el fin no nos es desconocido. El especialismo del ego es el medio para lograr su fin de establecer nuestra identidad especial como real, con los cuerpos especiales de los demás sirviendo como objetos para proyectar nuestro pecado. Serán castigados en lugar de nuestros "inocentes" seres, y claramente no deseamos ver a las personas como iguales porque las diferencias establecen nuestra impecabilidad y su pecado. El odio a la Unidad del Cielo es la salvación del ego en la tierra.

(IV.4:5-8) Los pecados de tu hermano justificarían tu especialismo y le darían el significado que la verdad le niega. Todo lo que es real proclama que él es incapaz de pecar. Todo lo que es falso proclama que sus pecados son reales. Si es un pecador, tu realidad entonces no es real, sino únicamente un sueño de que eres especial que dura sólo un instante, antes de desmoronarse y convertirse en polvo.

Elegimos no escuchar la Expiación, el reflejo de la realidad del Cielo, porque reconoceríamos instantáneamente que los Hijos de Dios están unidos en la creencia en el pecado, la cual es una defensa contra el Ser libre de pecado. En cambio, elegimos escuchar al ego decirnos que el dolor no proviene de una decisión equivocada de la mente, sino del pecado ajeno que merece castigo. Nuestra locura se esfuerza por hacer real el ilusorio el sistema de pensamiento de ego y establecer la falsedad de la verdad del Espíritu Santo. Empeñados en probar que Él está equivocado, buscamos continuamente demostrar que el pecado y la maldad están fuera de nosotros y la inocencia dentro. En otras palabras, queremos que nuestra realidad

como espíritu sea un sueño que termine en el polvo del cuerpo,
mientras
que el sueño de especialismo y el pecado del ego dure para siempre.
El Espíritu Santo – Su propósito.
En el contexto de los pasajes de la sección final del capítulo, "El punto
de
encuentro", encontramos aún más directamente el tema del propósito
y
cómo el Espíritu Santo transforma el especialismo en perdón: lo que el
ego
hizo como instrumento de asesinato se convierte en Su amable medio
para
sanar la mente.

(VII.6:1-3) La prueba a la que puedes someter todas las cosas en esta
tierra es simplemente esta: ¿"Para que es"? La contestación a esta
pregunta es lo que le confiere el significado que ello tiene para ti. De
por sí, no tiene ninguno; sin embargo, tú le puedes otorgar realidad,
según el propósito al que sirvas.

El propósito lo es todo. Si bien el cuerpo no es pecaminoso ni
impecable en
sí mismo – la nada solo puede ser neutral – puede servir para uno de
dos
propósitos: albergar nuestro pecado y hacernos creer que su hogar
está en
otro; o ser un aula en la que aprendemos que no hay nada que
perdonar
porque no hay pecado – no estamos separados el uno del otro ni de
nuestro
Creador, permaneciendo eternamente Su impecable y unificada
creación.

(VII.6:4-10) En esto no eres más que un medio, al igual que ello. Dios
es
a la vez Medio y Fin. En el Cielo, los medios y el fin son uno y lo mismo,
y son uno con Él. Éste es el estado de verdadera creación, el cual no se
encuentra en el tiempo, sino en la eternidad. Es algo indescriptible
para
cualquiera aquí. No hay modo de aprender lo que ese estado significa.
No se comprenderá hasta que vayas más allá de lo Dado y vuelvas a
construir un santo hogar para tus creaciones.

En este mundo, el cuerpo tiene el propósito de establecer la realidad del sistema de pensamiento de separación del ego, un medio para el fin del ego.

La verdadera realidad es el estado de la creación, la Unidad perfecta, que no podemos entender. De hecho, aunque muchos pasajes de Un Curso de Milagros insinúan este estado perfecto, no hay descripciones reales ni discusiones extensas. Lo que podemos entender es cómo el cuerpo que el ego usa para separarse ahora puede usarse para enseñar el reflejo de la unidad; el perdón que es el medio para conducirnos desde el ámbito del aprendizaje, de los intereses separados a los compartidos, y de ahí al conocimiento. A continuación, Jesús repite su punto de la inefabilidad de la

Unidad del Cielo:

(VII.7) Un co-creador con el Padre tiene que tener un Hijo. Sin embargo, este Hijo tiene que haber sido creado a semejanza de Sí Mismo: como un ser perfecto, que todo lo abarca y es abarcado por todo, al que no hay nada que añadir ni nada que restar; un ser que no tiene tamaño, que no ha nacido en ningún lugar o tiempo ni está sujeto

a límites o incertidumbres de ninguna clase. Ahí los medios y el fin se vuelven uno, y esta unidad no tiene fin. Todo esto es verdad, y, sin embargo, no significa nada para quien todavía retiene en su memoria una sola lección que aún no haya aprendido, un solo pensamiento cuyo propósito sea aún incierto o un solo deseo con dos objetivos.

Para aceptar nuestra realidad, debemos sacar a la luz todos los valores y

cuestionarlos, todos los contenidos de la inconsciente mente separada a la

verdad de la Expiación. Esto se logra cuando primero proyectamos la culpa

del ego, que refuerza su existencia ilusoria, y luego aceptamos la otra manera de mirar de Jesús. La ilusión que se ve afuera se convierte en el

medio para traernos de regreso al interior, donde la mente tomadora de

decisiones puede volver a elegir y recordar al Cristo infinito y eterno que es nuestro Ser. El proceso de perdón, por lo tanto, nos ayuda a reconocer la igualdad de los Hijos de Dios, lo que elimina el velo del olvido para que podamos recordar la unidad de la creación.

(VII.8:1-2) Este curso no pretende enseñar lo que no se puede aprender

fácilmente. Su alcance no excede el tuyo, excepto para señalar que lo que es tuyo te llegará cuando estés listo.

El recuerdo de Dios nos llega cuando ya no le tememos. Este miedo nace de

la necesidad de proteger nuestro yo especial, y a medida que aprendemos a

desconectarnos de dicha identificación y a comprometernos con la mente

tomadora de decisiones, nos volvemos menos temerosos de la verdad.

La

paz de Dios puede venir a consolar a nuestras torturadas mentes, y Su Amor

regresa suavemente a nuestra conciencia.

(VII.8:3) Aquí los medios y el propósito están separados porque así fueron concebidos y así se perciben.

Los medios son el cuerpo y sus relaciones especiales. Su propósito encubierto, como hemos visto muchas veces, es afirmar la realidad del yo

especial y separado de la mente, y la inexistencia de Cristo y Su espíritu

inmutable.

(VII.8:4) Por lo tanto, los tratamos como si lo estuviesen.

Este importante tema se repite en el Capítulo 25. Jesús nos habla como si la

separación del cuerpo y la mente, el mundo dualista de sujeto y objeto fuese

real. En verdad, no lo son, a pesar de todas las ilusiones – mentes y cuerpos

– es simplemente un error de separación en el que no puede haber distinciones significativas, al igual que todas las expresiones de la verdad

son iguales.

(VII.8:5-7) Es esencial tener presente que toda percepción seguirá estando invertida hasta que se haya comprendido su propósito. La percepción no parece ser un medio. Y es esto lo que hace que sea tan difícil entender hasta qué punto depende del propósito que tú le asignas.

La percepción parece ser un fin, un mundo físico que podemos ver, oír, tocar, saborear y oler. Sin embargo, es sólo un medio, una táctica de la mente errada para convencernos de la verdad de nuestro yo separado. Recordar que las ideas no abandonan su fuente y que la proyección da lugar

a la percepción nos enseña que no hay un mundo fuera de la mente, aunque

lo veamos allí. Jesús nos está ayudando a reconocer el propósito del ego de

probar que la separación de Dios realmente ocurrió, y que una vez que se

fabricó el mundo de la separación, lo percibimos con un cuerpo que es el

medio para el fin ilusorio del ego.

(VII.8:8-9) Parece que es la percepción la que te enseña lo que ves. Sin embargo, lo único que hace es dar testimonio de lo que tú enseñaste.

Estamos aprendiendo a comprender que el mundo de la percepción – lo que

ven nuestros ojos y lo que interpretan nuestros cerebros – proporciona un

significado del cual el mundo carece porque el propósito del ego es enseñar

que las ilusiones son verdaderas. Dado este objetivo, el mundo no puede

llevarnos a la consumación de una gloria futura, ya que existe solo para

lograr la meta que nosotros, la mente tomadora de decisiones, le hemos

dado: enseñar que el yo especial es real, una creencia que defendemos al

vivir una vida de especialismo que parece estar en el cuerpo, pero que refuerza la realidad de la separación en nuestras mentes engañadas.

La siguiente línea se hace eco del contenido que vimos en la

Introducción al

Capítulo 21 y lo expande:

(VII.8:10) Es el cuadro externo de un deseo: la imagen de lo que tú querías que fuese verdad. Nuestro doble deseo es que la separación sea real y que la responsabilidad se atribuya a alguien que no sea a nosotros mismos. Por esta razón, creamos un mundo de cuerpos separados que percibimos como pecaminosos. Desde el punto de vista del ego, el mundo tiene un propósito muy significativo, por eso Jesús no lo arregla para nosotros; simplemente revela el objetivo secreto de la mente. Nos ayuda a ver que no hay mundo, haciéndonos entender que existe sólo para mantener el sistema de pensamiento ilusorio del ego, la imagen de un yo inocente y separado que queremos que sea verdad. Este propósito también se transmite al cuerpo, como ahora leemos:

(VII.9:1-4) Contéplate a ti mismo y verás un cuerpo. Contempla este cuerpo bajo otra luz y se verá diferente. Y sin ninguna luz parecerá haber desaparecido. Sin embargo, estás convencido de que está ahí porque aún puedes sentirlo con tus manos y oír sus movimientos. Cuando miramos el cuerpo en un espejo, por ejemplo, la forma en que aparece dependerá del estado de la luz física en la habitación. Pero cuando la habitación está a oscuras, el cuerpo no se puede ver en absoluto, aunque todavía lo experimentamos porque el cuerpo siempre se está diciendo a sí mismo que existe – una ilusión externa que confirma la realidad sobre sí mismo. Dado que el propósito del cuerpo está en la mente inconsciente, no nos damos cuenta de que nuestras percepciones del cuerpo están probando que la separación es real.

(VII.9:5-8) He aquí la imagen que quieres tener de ti mismo; el medio para hacer que tu deseo se cumpla. Te proporciona los ojos con los que lo contemplas, las manos con las que lo sientes y los oídos con los que

escuchas los sonidos que emite. De este modo te demuestra su realidad.

En nuestra mente estamos separados y somos seres especiales, la imagen a

la que queremos ser fiel, la que el cuerpo efectivamente atestigua.

Hacer

realidad el deseo del ego es nuestro objetivo, y el cuerpo es el medio para

cumplir el propósito de demostrar que ciertamente hemos logrado lo imposible: destruir a Dios, crucificar a Su Hijo y erigir un yo inocente en Su

lugar como sustituto del glorioso Ser que Dios creó. “El Cristo en ti”, con

el que concluimos este movimiento de nuestra sinfonía, describirá un propósito muy diferente para el cuerpo.

(VII.10:1-4) Así es como el cuerpo se convierte en una teoría de ti mismo, sin proveerte nada que pueda probar que hay algo más allá de él, ni de ninguna posibilidad de escape a la vista. Cuando se contempla a través de sus propios ojos, su curso es inescapable. El cuerpo crece y se marchita, florece y muere. Y tú no puedes concebirte a ti mismo aparte de él.

El cuerpo fue hecho para que no hubiera posibilidad de reconocer al ser

tomador de decisiones más allá de este. El velo del olvido (ver la línea continua en el gráfico) separa la mente del mundo, no permitiendo que el

cuerpo vaya más allá de sí mismo hasta su origen, el tomador de decisiones

que lo concibió, le ordena y lo sostiene. La mente es el cuerpo porque las

ideas no abandonan su fuente. Nuevamente, el cuerpo fue hecho para probar

que el yo separado es real, y no tenemos memoria de dónde está o cómo

apareció aquí. No obstante, el cuerpo permanece en la mente por nuestra

elección vigente.

(VII.10:5-6) Lo tildas [al cuerpo] de pecaminoso y odias sus acciones, tachándolo de malvado. No obstante, tu deseo de ser especial susurra: “He aquí a mi amado hijo, en quien me complazco”.

Esto está tomado del relato bíblico de Juan bautizando a Jesús en el río Jordán, escuchando una voz desde el Cielo que habla del futuro Mesías: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17).

La

cita apunta nuestras palabras al cuerpo, el ídolo de nuestro odio y amor

especiales, ya que Jesús era el ídolo del especialismo de su Padre.

Destaca

el hecho de que el odio y el amor especiales son lo mismo, pues ambos sirven para hacer real el cuerpo en nuestra percepción.

(VII.10:7-10) Así es como el "hijo" se convierte en el medio para apoyar el propósito de su "padre". No es idéntico, ni siquiera parecido, aunque aún es el medio de ofrecer al "padre" lo que él quiere. Tal es la parodia que se hace de la creación de Dios. Pues de la misma manera en que haber creado a Su Hijo hizo feliz al Padre – además de dar testimonio de Su Amor y de compartir Su propósito – así el cuerpo da testimonio de la idea que lo concibió, y habla en favor de la realidad y verdad de ésta.

Nosotros, el tomador de decisiones de la mente unido al ego, usamos el

especialismo del cuerpo como un medio para demostrar que la separación,

el pecado y el especialismo son reales. El cuerpo, nuestro amado hijo, es

experimentado como diferente de la mente, ya que está afuera mientras que

la mente permanece adentro, donde el recuerdo de nuestro glorioso Ser

contrasta fuertemente con el pobre substituto del ego, "la parodia que se

hace de la creación de Dios". Reconocer el dolor detrás de la alegría del ego

por la creación errónea es lo que finalmente nos impulsará a escoger la mente correcta, nuestro único gozo en el triste mundo de la culpa, el odio y

la muerte.

(VII.1:1-4) ¡Cuán tenazmente defiende su especialismo – deseando que sea verdad – todo aquel que se encuentra encadenado a este mundo!

Su

deseo es ley para él, y él lo obedece. Todo lo que su deseo de ser especial exige, él se lo concede. Nada que este amado deseo necesite, él se lo niega.

Siguiendo al ego, matamos a alguien, robamos, confabulamos, mentimos – cualquier cosa para proteger el especialismo que amamos porque da testimonio de la aparente verdad de nuestro yo separado. El miedo y el odio se han convertido tristemente en guardianes de nuestra vida.

(VII.1:5-6) Y mientras ese deseo lo llame, él no oirá otra Voz. Ningún esfuerzo es demasiado grande, ningún costo excesivo ni ningún precio prohibitivo a la hora de salvar su deseo de ser especial del más leve desaire, del más mínimo ataque, de la menor duda, del menor indicio de amenaza, o de lo que sea, excepto de la reverencia más absoluta. Nuestro amor por el especialismo hace que sea casi imposible escuchar la Voz del Espíritu Santo. Como consecuencia, debemos ser cautelosos con aquellos que hablan de la claridad con que lo escuchan a Él; la negación de la culpa es una defensa todopoderosa. Siempre que se aprecie incluso una pequeña cantidad de especialismo, la Voz de la Expiación es ahogada, como se explicó anteriormente (T-24.II.4-5). El deseo de preservar nuestro yo especial, incluido su gran costo, es el precio pagado voluntariamente por la locura perversa de vivir en el mundo de diferencias y odio del ego, un escudo eficaz contra la "amenaza" del principio sanador del Espíritu Santo de intereses compartidos.

(VII.1:7-12) Éste es tu hijo, amado por ti como tú lo eres por tu Padre. Él es quien ocupa el lugar de tus creaciones, que sí son tu hijo, y que se te dieron para que compartieses la Paternidad de Dios, no para que se la arrebatases. ¿Quién es este hijo que has hecho para que sea tu fortaleza? ¿Qué criatura de la tierra es ésta sobre la que se vuelca tanto amor? ¿Qué parodia de la creación de Dios es ésta que ocupa el lugar

de tus creaciones? ¿Y dónde se encuentran éstas, ahora que el
anfitrión
de Dios ha encontrado otro hijo al que prefiere en lugar de ellas?
Acabamos de ver el uso que hizo Jesús de una parodia para describir el
ego
(T-24.VII.10:9). Aquí invoca la parodia para describir nuestro
especialismo.
El yo y el cuerpo especiales son parodias y caricaturas del universo de
Cristo que Dios creó, el cual incluye nuestras creaciones. Estas
extensiones
del espíritu esperan en los rincones ocultos de la mente mientras
adoramos
y defendemos a nuestro hijo especial, cuya pobreza no estamos listos
para
ver, prefiriendo la locura a la gloria resplandeciente de nuestro Ser.
(VII.11:1) De esta manera se concibieron dos hijos, y ambos parecen
caminar por esta tierra sin un lugar donde poderse reunir y sin un
punto de encuentro.
No puede haber un verdadero punto de encuentro entre estos dos: el
Hijo,
tal como Dios creó a Aquel que es mantenido en la memoria en
nuestra
mente correcta, y el hijo del especialismo del ego. Son mutuamente
excluyentes y nosotros elegimos nuestro yo especial porque queremos
enterrar al verdadero Ser, sin retener ningún recuerdo de Él.
(VII.11:2-6) A uno de ellos – tu amado hijo – lo percibes como externo a
ti. El otro – el Hijo de su Padre – descansa en el interior de tu hermano
tal como descansa en el tuyo. La diferencia entre ellos no estriba en
sus
apariencias, ni en el lugar hacia donde se dirigen y ni siquiera en lo
que
hacen. Tienen distintos propósitos. Eso es lo que los une a los que son
semejantes a ellos y lo que los separa de todo lo que tiene un
propósito
diferente.
Mi propósito es matarte, el tuyo matarme a mí – la única diferencia en
el
mundo de la ilusión. Lo que hace que estos propósitos sean lo mismo
es la

locura compartida de que el asesinato es la salvación. No somos diferentes como egos, sino que el yo especial y asesino nos hace decididamente diferentes del Hijo de nuestro Padre. Cristo espera pacientemente nuestra aceptación del milagro que nos despertará a nuestro Ser, el cual se aproxima más rápidamente por nuestra voluntad de ver a todos como iguales, unidos en el propósito común de aprender a reírnos suavemente del pensamiento de que podríamos ser diferentes unos de otros y de nuestra Fuente. (VII.11:7-9) El Hijo de Dios aún conserva la Voluntad de su Padre. El hijo del hombre percibe una voluntad ajena y desea que sea verdad. Y así, su percepción apoya su deseo, haciendo que parezca verdad. Este es uno de los pocos lugares en Un Curso de Milagros donde Jesús usa la frase bíblica hijo del hombre, que en este contexto es sinónimo del ego. El deseo de hacer realidad una voluntad ajena nos obliga emplear la relación especial para establecer la verdad del mundo perceptivo y que su fuente en la mente, prueba que la Voluntad de Dios es falsa. (VII.11:10-13) La percepción, sin embargo, puede servir para otro propósito. No está sujeta al deseo de ser especial, excepto si así lo decides. Y se te ha concedido poder tomar otra decisión y usar la percepción para un propósito diferente. Y lo que veas servirá debidamente para ese propósito y te demostrará su realidad. El mundo obedece a nuestra necesidad especial de atacar, simplemente porque lo usamos de esa manera. Sin embargo, podemos cambiar el propósito del mundo al decidir de manera diferente. El perdón es este propósito diferente, ya que deshace el objetivo de asesinar del ego. Nos enseña que el Ser real ha sido preservado, más allá de nuestra decisión correctiva. Este Ser, reflejado en el sueño por la visión de Cristo, abraza a todas las personas como a sus iguales. Este cambio a la percepción de los

intereses compartidos del Espíritu Santo se convierte ahora en el foco de nuestra discusión: el significado del perdón que es nuestro camino a casa.

El perdón – La relación santa.

(III.1:1-2) El perdón pone fin al deseo de ser especial. Lo único que se puede perdonar son las ilusiones, que entonces desaparecen.

Como hemos visto, las ilusiones desaparecen cuando las miramos, porque

no mirarlas es la forma de preservarlas. Llevamos su oscuridad a la luz de

Jesús para que podamos ver todas las ilusiones a través de la lente de su

amor. Esta mirada sin juicio disuelve gentilmente su aparente realidad, la

cual se mantuvo segura a través de los juicios de nuestras relaciones especiales.

(III.1:3-5) El perdón es lo que te libera de todas las ilusiones, y por eso es por lo que es imposible perdonar sólo parcialmente. Nadie que se aferra a una sola ilusión puede considerarse a sí mismo libre de pecado,

pues en tal caso aún está afirmando que un error acerca de sí mismo es

hermoso. Y de este modo, lo califica de “imperdonable” y lo convierte en un pecado.

El perdón, si es verdad, debe ser total porque el pecado es uno, por lo que el

perdón también debe serlo. Nosotros no podemos perdonar parcialmente,

como tampoco podemos condenar parcialmente. Recuerda que este es un

curso de todo-o-nada. Si podemos perdonar a todos y a todo excepto a una

persona por una cosa, condenamos a la Filiación como un todo a una vida

de especialismo y muerte. ¿Es esto lo que realmente queremos, nos pregunta Jesús, cuando nos excluimos de los brazos del Cielo?

(III.1:6-8) ¿Cómo iba a poder entonces conceder perdón de manera total cuando aún no lo quiere aceptar para sí mismo? Pues es seguro que lo recibiría completamente en el instante en que así lo concediese.

Y de esta manera, la culpabilidad que mantiene oculta desaparecería, al él mismo haberla perdonado.

Nadie puede estar exento de la curación del perdón; de lo contrario afirmamos la realidad de la separación y las diferencias. La clave aquí es

que nos esforzamos por mantener todo oculto por la culpa. Por eso Jesús

dice que debemos estar dispuestos a cuestionar cada uno de los valores que

abrigamos (T-24.in.2:1). Mientras haya incluso uno enterrado en nuestras

mentes, no podremos cambiar realmente ninguno de ellos y saber que estamos perdonados. A medida que cada punto de oscuridad de la culpa se

proyecta sobre los demás, debemos cambiar nuestra percepción para que la

luz de la visión de Cristo brille por igual en los demás y en nosotros mismos.

Los siguientes tres párrafos se enfocan en nuestro perdón a Dios.

Perdonar a

otro realmente refleja la decisión de perdonar a nuestro Creador. Lo que

tenemos en contra Él no es que Él nos castigue, o que lo hayamos vuelto tan

loco como nosotros, sino que en Su infinita cordura Él no sabe nada de nosotros – de nuestra separación, pecado y especialismo. Odiamos a Dios

porque Él tiene razón y nosotros estamos equivocados. Porque Su Voluntad

es una como Su Hijo, y nuestra existencia individual es una mentira.

(III.6:1-3) Perdona al gran Creador del universo – la Fuente de la vida, del amor y de la santidad, el Padre perfecto de un Hijo perfecto – por tus ilusiones de ser especial. He aquí el infierno que elegiste como tu hogar. Él no eligió eso para ti.

Amamos al Dios bíblico porque es el Dios del especialismo. Nos fabricó como individuos únicos y cuenta cada cabello de nuestra cabeza (Mateo

10:30). Este Dios que adoramos ve nuestro pecado, y nos ama tanto que

envió a Su Hijo unigénito al mundo para sufrir y morir por nosotros.

Nosotros no tenemos que morir; él lo hizo. No vemos que este Dios ego,

amado por nuestro especialismo, es el Creador de nuestro infierno personal.

Como el Dios verdadero ni siquiera sabe de nosotros, Él es a Quien nuestro

ser especial odia y siempre busca atacar como una proyección de su odio a

sí mismo impulsado por la culpa.

(III.6:4-6) No le pidas [a Él] que entre ahí. El camino está cerrado al amor y a la salvación. Pero si liberas a tu hermano de las profundidades del infierno, habrás perdonado a Aquel Cuya Voluntad es que descanses para siempre en los amorosos brazos de la paz, perfectamente a salvo y sin que la animosidad ni malicia de ningún pensamiento de ser especial perturbe tu descanso.

Perdonar a nuestros hermanos, significa que perdonamos a nuestro Creador,

por eso el último obstáculo a la paz, el temor de Dios, se deshace en el perdón completo de una sola persona. Aprendemos que cuando perdonamos

totalmente, hemos abandonado toda creencia en la separación y las diferencias. También hemos liberado la creencia de que matamos a Dios, y

estamos listos para dar la bienvenida al recuerdo del Cristo que es nuestro

Ser. Al recordar el amor que desterramos cuando hicimos que el mundo

fluyera una vez más a través de nuestras mentes, el Hijo del Cielo es sanado

de la creencia en el especialismo y gozosamente devuelto a su Dios.

(III.6:7) Perdona al Santísimo por no haber podido concederte el especialismo, que tú entonces inventaste.

Una vez más, lo que tenemos en contra de Dios es que Él no ve nuestro

especialismo, porque en Su perfecto conocimiento, nuestra identidad especial queda invalidada y el yo personal es deshecho.

(III.7:1-4) Todos los que se consideran especiales están dormidos, rodeados por un mundo de belleza que no ven. La libertad, la paz y la dicha se encuentran ahí, al lado del ataúd en el que duermen,

llamándolos para que vuelvan en sí y despierten de su sueño de muerte.

Mas ellos no oyen nada. Están perdidos en sueños de que son especiales.

Si tuviéramos que despertar a la belleza del mundo real, sería sólo por un

instante antes de estar de regreso en el Cielo - no como nosotros, sino como

parte de la Unidad perfecta, lo cual significa que la parte desaparece.

La

presencia de Jesús en la mente correcta es el llamado de la Expiación que

dice: "Despierta de tus sueños de odio y vuelve a casa". Nuestro deseo de

especialismo impide que escuchemos este llamado. Sin embargo, el alegre

llamado a la paz y a la vida resultará demasiado fuerte para los débiles intentos de castigar a la realidad por su amor, excluyéndola de nuestra santa

mente mediante el juicio y el ataque.

(III.7:5-6) Odian la llamada que los puede despertar y maldicen a Dios porque no convirtió su sueño en realidad. Maldice a Dios y muere, pero no por mandato de Aquel que no creó la muerte sino sólo en el sueño.

Esto se refiere al llanto de la esposa de Job. Cuando su esposo sufrió sin

piedad a manos de Satanás (e implícitamente a manos de Dios, que permaneció pasivo ante los ataques del Adversario), exclamó: "Maldice a

Dios y muérete" (Job 2:9). Sin duda, podemos maldecir a Dios por permitir

que Satanás (el ego) tenga rienda suelta para infligirnos dolor, incluso hasta

la muerte, aunque nuestra verdadera Fuente no sabe nada de esto. A diferencia del mito de Adán y Eva, el Dios viviente no hizo de la muerte un

castigo porque no había pecado que castigar. Para repetir, nosotros optamos

por no perdonar a nuestro Creador porque Él está fuera de nuestros sueños

de separación, lo cual también es la razón por la que odiamos la llamada
que nos despertaría a Él. Este deseo de especialismo es la causa del odio a
Jesús, incluido a su curso. Mientras adoremos los sueños del ego, debemos
odiar a lo que trae su fin. Además, la culpa por odiar el curso que también
amamos es tan enorme que necesitamos defendernos aún más. Por ejemplo,
nos convertimos a nosotros mismos y a Un Curso de Milagros en algo especial, tratando de rechazar su llamado amenazador atacando a otros,
olvidando que la ausencia de juicios de Jesús es el mensaje de la unidad
indiferenciada del Hijo de Dios.
(III.7:7-8) Mas abre los ojos ligeramente y verás al salvador que Dios te dio a fin de que pudieses contemplarlo y devolverle su patrimonio. Dicho patrimonio es también el tuyo.
Ahora devolvemos el patrimonio de la inocencia de Cristo que le robamos a
nuestro hermano. Solo al ver Su rostro podemos reconocer que nuestro salvador somos nosotros: la mente tomadora de decisiones que cuerda y
sabiamente elige de nuevo.
(III.8:1-6) Los esclavos del deseo de ser especial se liberarán. Tal es la Voluntad de Dios y la de Su Hijo. ¿Se condenaría Dios a Sí Mismo al infierno y a la perdición? ¿Y es eso acaso lo que dispones para tu salvador? Dios te llama a través de él a unirse a Su Voluntad para que ambos os salvéis del infierno. Observa las marcas de los clavos en las manos que te extiende pidiendo que le concedas tu perdón.
Las marcas de los clavos, símbolo de la crucifixión del Hijo de Dios, fue introducida por nosotros en el cuerpo de nuestro hermano cuando podríamos haberle ofrecido en su lugar las azucenas del perdón. Por el deseo de arrojarlo al precipicio de nuestra culpa, re-creamos el recuerdo
ontológico de haber crucificado a Cristo, el origen del mito Cristiano. De
esta manera condenamos al Hijo de Dios al infierno, en lugar de unirnos a

él en el feliz regreso al Cielo que recorreremos juntos, o no en absoluto. (III.8:7-12) Dios te pide que tengas misericordia con Su Hijo y con Él. No se la niegues a ninguno de los dos. Lo único que te piden es que se haga tu voluntad. Buscan tu amor a fin de que tú te puedas amar a ti mismo. No ames tu deseo de ser especial en vez de amarles a Ellos. La marca de los clavos está también en tus manos. No somos diferentes. Si atacamos a otros, nos atacamos a nosotros mismos.

Clavando los clavos de la crucifixión en nuestros salvadores al juzgarlos, cambiamos la responsabilidad por la que no estamos en paz, reforzando nuestra culpa sobre el ataque original a Dios. Dado que las ideas no abandonan su fuente, todos somos iguales: el pecado del que intentamos escapar a través de la proyección permanece dentro de nuestras mentes separadas y aterrorizadas, para encontrarse y ser desplazado a nuestras relaciones especiales.

La importante siguiente línea resume y concluye sucintamente esta discusión actual:

(III.8:13) Perdona a tu Padre el que no fuese Su Voluntad que tú fueses crucificado.

Odiarnos a Dios por no reconocer nuestro especialismo individual, el cual sería ciertamente un reflejo que nos crucificaría; un destino horrible de hecho, pero uno que nuestras mentes locas aceptan con alegría ya que afirma nuestra existencia separada. La verdadera buena noticia sigue siendo

que, dado que nada puede existir fuera de la Mente de la perfecta Unidad,

nuestras vidas especiales de pecado, culpa y miedo (el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico) son meros sueños sin efecto. En la mente

correcta, por fin, podemos perdonar a nuestro Creador por no saber nada de

lo que nunca sucedió.

Pasamos ahora a una declaración de la relación santa, el feliz resultado de

cambiar el propósito de la relación especial desde el odio, la culpa y el

asesinato al perdón, la curación y la paz:

(I.6:1) ¿Podrías odiar a tu hermano si fueses igual que él?

Por supuesto que no. Odiamos solo lo que está fuera de nosotros, lo percibido como diferente. Pues para este propósito fueron hechos los cuerpos, porque demuestran nuestras diferencias entre ellos, desmintiendo

la igualdad del contenido de la mente: la locura del especialismo y el Pensamiento de Expiación. Si bien no sabemos nada del esplendor de la

unidad de Cristo, podemos aprender a percibir su brillante reflejo al recordar que compartimos un propósito, perdonando así la relación especial.

Reconocemos que los demás no son el enemigo y no necesitamos matarlos

para que mueran en lugar de nosotros. Al comprender que cuando los arrojamos al precipicio vamos con ellos, también nos damos cuenta de que

cuando perdonamos somos perdonados.

(I.6:2-4) ¿Podrías atacarlo si te dices cuenta de que caminas con él hacia una misma meta? ¿No harías todo lo posible por ayudarlo a alcanzarla si percibieses que su triunfo es el tuyo propio? Tu deseo de ser especial te convierte en su enemigo; pero en un propósito compartido, eres su amigo.

La frase clave es "propósito compartido". El propósito que compartimos

con todos los Hijos de Dios es despertar del sueño de especialismo. El ego

quiere que percibamos nuestro propósito especial como diferente del de

todos los demás, lo fundamental es mata o te matarán. Sin embargo, cuando

vemos nuestro objetivo común, recordamos que "al arca de la paz se entra

de dos en dos" (T-20.IV.6:5) porque "nadie puede entrar en el Cielo solo"

(L-pl.134.17:7; cursiva omitida).

(I.6:5-6) Ser especial jamás se puede compartir, pues depende de metas

que sólo tú puedes alcanzar. Y él jamás debe alcanzarlas, pues de otro modo tu meta se vería en peligro.

El objetivo del ego es sostenernos a nosotros mismos a expensas de otro, uno u otro. Solo uno puede estar en la cima de la escalera de la salvación; solo uno puede estar con la persona que amamos; solo uno puede triunfar en la guerra – el amor especial no se puede compartir. Como la Biblia deja muy claro, creemos que Dios no nos ama a todos, lo cual es otra forma de entender por qué el mundo ha odiado a Jesús, quien fue visto como especial y diferente. Su Padre estaba muy complacido con él, no con nosotros, y es una obviedad que odiamos a quienes percibimos como diferentes; los que tienen lo que nos falta, porque se lo apropiaron (la cuarta ley del caos). (I.6:7-7:2) ¿Qué significado puede tener el amor allí donde el objetivo es triunfar? ¿Y qué decisión puede tomarse en favor de ese objetivo que no acabe perjudicándote?

Tu hermano es tu amigo porque su Padre lo creó semejante a ti. No hay diferencia alguna entre vosotros. Es fundamental que veamos que nuestra vida se basa en la percepción de las diferencias, la necesidad de hacernos a nosotros mismos diferentes de los demás. Mejor o peor no importa. Si nos percibimos peor que otros, es porque creemos en secreto que somos mejores, aunque nos hayan robado algo valioso y ahora posean ese algo especial que nos falta. El mundo se basa en este especialismo y necesitamos reconocer nuestra apreciada identificación con el yo diferenciado que creemos que somos. Hemos visto repetidamente cómo nunca podemos amar lo que percibimos como diferente, porque lo que es diferente debe ser visto como un enemigo. Podemos amar solo lo que sabemos que es igual: el propósito compartido que refleja la creación.

(II.7:1) Tú que has encadenado a tu salvador a tu deseo de ser especial y has otorgado a dicho deseo el lugar de aquel, recuerda esto: tu

salvador no ha perdido la capacidad de perdonarte todos los pecados que tú crees haber interpuesto entre él y la función de salvarte que Dios

le encomendó.

Entendemos que Jesús no está hablando de un poder externo especial.

El

verdadero poder dentro del sueño reside en la mente tomadora de decisiones

del Hijo de Dios, el cual regalamos cuando convertimos a otros en objetos

de nuestro amor y odio especial, viéndolos como determinantes de nuestro

placer y dolor. Aun así, nosotros podemos cambiar la percepción del ego al

ver la relación especial como un aula en la que aprendemos a recordar nuestro propósito común de restaurar al Hijo de Dios su poder de perdón.

Este regreso a la fortaleza de la mente es nuestro verdadero salvador del

mundo de culpa y sufrimiento del ego.

(II.7:2-8) Y tú no puedes cambiar su función, ni tampoco la verdad que mora en él y en ti. Pero ten por seguro que esta verdad es exactamente

la misma en cada uno de vosotros. La verdad no transmite mensajes diferentes y sólo tiene un significado. Y es un significado que tú y tu hermano podéis entender y que os brinda liberación a ambos. He aquí a tu hermano ofreciéndote la llave del Cielo que tiene en su mano. No permitas que el sueño de ser especial continúe interponiéndose entre vosotros. Lo que es uno está unido en la verdad.

Esta es la línea de fondo del perdón: no podemos aprender directamente

sobre la Unidad del Cielo, sino que a pesar de las diferencias externas que

parecen tan reales en nuestra experiencia, podemos aprender sobre nuestro

propósito compartido. De hecho, la única función significativa en el sueño

es aprender que los Hijos de Dios son iguales, no diferentes. Al lograr esto,

todo lo que tenemos que hacer es darnos cuenta de que somos uno en

propósito: tú necesitas ser perdonado, yo también; necesitas que te despierten del sueño del especialismo, yo también. Es el mismo sueño, la

misma necesidad, el mismo Hijo – unificado en el infierno, uno en el Cielo.

(II.8:1) Piensa en la hermosura que verás dentro de ti cuando lo consideres tu amigo.

Esto presagia la apertura de la inspiradora sección "Pues Ellos han llegado",

que expresa una frase similar: [piensa] "¡Cuán santo debes ser tú...!" (T26.IX.1:1). La hermosura de la cual Jesús habla, por supuesto, no tiene nada

que ver con la belleza física, sino con el propósito compartido de la mente

que nos despierta a la belleza que es nuestro Ser.

(II.8:2-7) Él es enemigo de tu deseo de ser especial, pero amigo de lo que es real en ti. Ni uno solo de los ataques que pensaste haber lanzado

contra él lo ha despojado del regalo que Dios quiere que él te dé. Su necesidad de dártelo es tan imperiosa como la tuya de recibirlo.

Permítele que te perdone tu deseo de ser especial, y que restaure la plenitud de tu mente y te haga uno con él. Él está en espera de tu perdón, pero únicamente para poder devolvértelo a ti. No fue Dios Quien condenó a Su Hijo, sino tú, para salvar su especialismo y matar a

su Ser.

La hermosura de nuestro hermano es la nuestra: el Cristo Cuyo recuerdo

brilla en cada uno de nosotros como uno, esperando por el perdón para levantar los velos de la culpa que distorsionan la percepción y nos hacen

creer que el pecado exige condena y castigo. El ego miente porque el pecado solo requiere una corrección suave, para que podamos aprender

cuán amados somos por nuestro Padre, y cómo nada ha destruido la integridad natural del Hijo de Dios: la unidad de hermanos y Hermano.

(II.9:1-2) Has llegado muy lejos por el camino de la verdad, demasiado lejos como para titubear ahora. Un paso más, y todo vestigio del temor a Dios quedará disuelto en el amor.

Este es el final del viaje que nos coloca frente al último obstáculo a la paz.

Se nos recuerda el tema de atravesar el velo final (T-19.IV-D), donde el miedo es llevado al amor que lo disuelve con gentil bondad.

(II.9:3-6) El deseo de ser especial de tu hermano y el tuyo son enemigos,

y en su mutuo odio están comprometidos a matarse el uno al otro y a negar que son lo mismo. Mas no han sido ilusiones las que han llegado hasta este último obstáculo, el cual parece hacer que Dios y Su Cielo estén tan lejos que no se pueden alcanzar. Aquí en este santo lugar se alza la verdad esperando para recibirte a ti y a tu hermano en silenciosa bendición y en una paz tan real y abarcadora que nada queda excluido. No traigas ninguna de las ilusiones que abrigas acerca de ti mismo a este lugar, al que vienes lleno de esperanza y honestidad.

Mientras veamos a nuestros hermanos y a nosotros mismos como separados

y especiales, caminando por caminos diferentes, el odio y el asesinato serán

nuestros constantes compañeros. Lo que nos mueve más allá del velo final,

desapareciendo en la Presencia más allá de este, es el perdón total de nuestros socios en el especialismo. Tanto a los que antes habíamos visto

como especiales en su pecaminosidad, tal como nosotros fuimos especiales

en nuestra impecabilidad, el retorno de la verdad nos ha bendecido como

uno, en una paz que lo abarca todo y que borra nuestras ilusiones de separación, pérdida y muerte.

(II.10:1-4) He aquí al que te puede salvar de tu deseo de ser especial. Él

tiene tanta necesidad de que lo aceptes como parte de ti, como tú de que

él te acepte a ti. Eres tan semejante a Dios como Dios lo es a Sí Mismo. Dios no es especial, pues Él no se quedaría con ninguna parte de lo que

Él es sólo para Si, negándosela a Su Hijo y reservándola sólo para Sí Mismo.

Nuestros hermanos y nosotros nos necesitamos mutuamente, porque

compartimos la misma necesidad de pasar del especialismo a la
unidad
viviente del amor. Esto significa que, si realmente deseamos recordar a
Dios, nuestras percepciones deben ser plenas y todo-inclusivas porque
Su

Amor es íntegro, y no podemos dejar a nadie fuera de Su Totalidad y
recordar nuestro Ser.

(II.10:5-7) Y esto es lo que tú temes, pues si Él no es especial, entonces
Su Voluntad dispuso que Su Hijo fuese como Él, y, por lo tanto, tu
hermano no puede sino ser como tú. Él no es especial, pero lo tiene
todo, incluyéndote a ti. Dale solo lo que ya es suyo, y recuerda que
Dios

Se dio a Sí Mismo a ambos con el mismo amor, para que ambos
pudierais compartir el universo con Él, Quien dispuso que el amor
jamás pudiese ser dividido ni mantenerse separado de lo que es y ha
de
ser para siempre.

Vemos de nuevo los mismos temas que se repiten en la sinfonía del
texto,

Jesús nos recuerda que nuestro miedo no es de la ira de Dios sino de
Su

Amor. Como el amor está totalmente unificado y no puede ser dividido,
atacado o destruido, en su presencia nuestro yo individual y especial
no

puede existir. Al amenazar a este especialismo, por lo tanto, el amor
debe

ser despreciado y rechazado por la parte de nosotros que le gusta ser
parte y

estar aparte (perdón por el retruécano). Tal amenaza también debe
incluir a

Jesús, quien dentro del sueño es el pensamiento del Amor de Dios que
no

hace a nadie especial, negando así la perenne necesidad de excluir del
ego.

Uno de los temas en "Cómo escaparse del miedo", nuestra próxima
sección,

es la santidad de nuestro hermano que corrige el pensamiento de
pecado del

ego.

(VI.1:1) El mundo se aquieta ante la santidad de tu hermano, y la paz

desciende sobre él dulce-mente y con una bendición tan completa que desaparece todo vestigio de conflicto que pudiese acecharte en la oscuridad de la noche.

La actividad del mundo tiene como objetivo probar que nuestro hermano no es santo y que el pecado es real y está presente – en él. Su santidad, que también es la nuestra, silencia al mundo de los estridentes chillidos del ego.

La frase "desaparece todo vestigio de conflicto que pudiese acecharte" es

otro de los temas estructurales recurrentes de nuestra sinfonía, con una de

sus más bellas expresiones al final del texto: "... ni queda una mota de oscuridad que pudiese ocultarle a nadie la faz de Cristo..." (T-31.VIII.12:5).

Todas las cosas del ego deben ser abandonadas si queremos despertar del

sueño, ya que no puede quedar ni una pizca de culpa que oculte la santidad

del Hijo de Dios, de lo contrario no es la santidad del Hijo de Dios lo que

vemos.

(VI.1:2-9) Él es quien te salva de tus sueños de terror. Él sana tu sensación de sacrificio y tu temor de que el viento disperse lo que tienes

y lo convierta en polvo. En él descansa tu certeza de que Dios está aquí

y de que está contigo ahora. Mientras él sea lo que es, puedes estar seguro de que es posible conocer a Dios y de que lo conocerás. Pues Él nunca podría abandonar a Su Propia creación. Y la señal de que esto es así reside en tu hermano, que se te da para que todas tus dudas acerca

de ti mismo puedan desaparecer ante su santidad. Ve en él la creación de Dios, pues en él su Padre aguarda tu reconocimiento de que Él te creó como parte de Sí Mismo.

El especialismo desaparece en el conocimiento de Dios, el cual es la fuente

del miedo del ego. Si vemos a otros como santos, reflejando nuestra

santidad, hemos mirado más allá de todos a los que hemos juzgado como pecadores. Miramos más allá de estos pecados percibidos, dándonos cuenta de que hemos juzgado contra la petición de amor de otro, tal como nuestra pecaminosidad es nuestra petición, la cual nos devuelve al conocimiento.

Para eliminar esta amenaza, el ego niega nuestra santidad conjunta a través

del ataque; primero contra nosotros mismos, luego contra otro, mientras el

amor, la bondad y la verdad son desplazados rápidamente por el miedo, el

odio y la ilusión. Sin embargo, el ataque se desvanece con la misma rapidez

cuando elegimos el instante santo de perdón en el que vemos en nuestros

socios especiales el signo de nuestra santidad compartida. Esta nos recuerda

que Dios nunca abandonó a Su Hijo, ni Su Hijo lo abandonó a Él. La unidad

perfecta permanece para siempre perfecta.

(VI.2:1-3) Sin ti, a Dios le faltaría algo, el Cielo estaría incompleto y habría un Hijo sin Padre. No habría universo ni realidad. Pues lo que Dios dispone es íntegro y forma parte de Él porque Su Voluntad es Una.

Este, entonces, es el objetivo de nuestro ego: que el Hijo esté sin el Padre.

Y este, entonces, es el propósito del mundo: dar testimonio de la aparente

realidad del yo separado. Pero la verdad es que somos una parte noseparada de Dios, Quien no sabe nada de lo que está fuera de Su Mente.

Como este Hecho niega nuestro yo individual, el ego refuerza el caso en su

nombre, tentándonos continuamente a traer a Dios y Sus reflejos (el Espíritu Santo, Jesús y Un Curso de Milagros) al mundo de los sueños.

En

lugar de usarlos a Ellos para salir del sueño y volver a Aquel Que ni

siquiera sabe que caímos dormidos, buscamos en nuestro estado delirante

que Ellos se unan a nosotros en la locura de la separación.

(VI.2:4-5) No hay cosa viviente que no forme parte de Él ni nada que no viva en Él. La santidad de tu hermano te muestra que Dios es uno con él y contigo, y que lo que tu hermano tiene es tuyo porque tú no estás separado de él ni de su Padre.

"No hay cosa viviente que no forme parte de Él" refleja la declaración en

"Las leyes del caos" de que "Fuera del Cielo no hay vida" (T-23.II.19:1). Una vez más, la Unidad viviente y amorosa de Dios no tiene nada que ver

con la ilusión que aterroriza a nuestro yo especial ligado al mundo, la cual

atacará incluso la más mínima insinuación de que el pecado es irreal.

Para

que el ego sobreviva, la santa impecabilidad de nuestro hermano debe ser

negada por el especialismo inexistente de juicio y odio.

A continuación, se resume el propósito del Espíritu Santo para todos aquellos que piensan que viven en el mundo:

(VI.4) No olvides que el único propósito de este mundo es sanar al Hijo de Dios. Ése es el único propósito que el Espíritu Santo ve en él, y, por lo tanto, es el único que tiene. Hasta que no veas la curación del Hijo como lo único que deseas que tanto este mundo como el tiempo y todas

las apariencias lleven a cabo, no conocerás al Padre, ni te conocerás a ti

mismo. Pues usarás al mundo para un propósito distinto del que tiene, y no te podrás librar de sus leyes de violencia y de muerte. Sin embargo, se te ha concedido estar más allá de sus leyes desde cualquier

punto de vista, en todo sentido y en toda circunstancia, en toda tentación de percibir lo que no está ahí y en toda creencia de que el Hijo de Dios puede experimentar dolor por verse a sí mismo como no es.

El único propósito real del mundo es sanar al Hijo de Dios de su creencia en

la separación y el especialismo. Nosotros necesitamos mantener este pensamiento en nuestras mentes durante todo el día, desde que nos

despertamos hasta que nos vamos a dormir, y también durante la noche.

Cuando todo en nuestras vidas se convierte en una oportunidad para aprender esta lección, el mundo se convierte en un medio para servir a un

fin diferente. En lugar de mantenernos vivos en sueños de juicio, nos ayuda

a despertar de esos sueños para volver a unirnos con el amor que nunca

abandonamos. El mundo perdonado reflejará el propósito transformado del

Espíritu Santo de invertir la proyección y las leyes del pecado, el dolor y la

muerte; la culpa que se proyectó vuelve a la mente donde se elige en su

contra, al elegir con gratitud las leyes de la santidad, el gozo y la vida eterna

para que sean nuestra verdad.

(VI.5:1-2) Mira a tu hermano y ve en él lo opuesto a las leyes que parecen regir este mundo. Ve en su libertad la tuya propia, pues así es. Las leyes del mundo se invierten cuando ya no elegimos su propósito de

mantenernos dormidos y soñando con nuestros amores y odios especiales.

La inversión, o cambio de propósito, nos lleva a reconocer que el mundo es

la proyección exterior de un deseo interior de preservar nuestro yo individual. Dándonos cuenta de que ya no deseamos estar separados o ser

especiales, solo vemos la santidad de nuestro hermano que se une con la

nuestra. Esta percepción curada nos libera de la prisión del ego del odio y el

miedo, devolviéndonos a la ley de la Unidad y el Amor de Dios.

(VI.5:3-6) No dejes que su deseo de ser especial nuble la verdad que mora en él, pues no te podrías escapar de ninguna ley de muerte a la que lo condenes. Y un solo pecado que veas en él será suficiente para mantenerlos a ambos en el infierno. Mas su perfecta impecabilidad os liberará a ambos, pues la santidad es totalmente imparcial y sólo emite un juicio con respecto a todo lo que contempla. Y ese juicio no lo emite

sola, sino a través de la Voz que habla por Dios en todo aquello que vive

y que comparte Su Ser.

La voz del ego habla de las diferencias intrínsecas a su creencia en la separación: un Hijo es pecador, el otro impecable. Esta, su loca versión de

la salvación, es verdaderamente un infierno. El Espíritu Santo, sin embargo,

ve la igualdad del Hijo de Dios en todas las cosas, en todo momento, en

todo lugar. Bajo la suave influencia de Su Llamada a la santidad, la creencia

en el pecado y la muerte da paso suavemente a los sonidos de la impecabilidad, y con gran gozo elegimos escuchar a la Voz que nos lleva,

junto con todos los Hijos de Dios, a nuestro eterno hogar.

(VI.6) Su impecabilidad es lo que los ojos que ven pueden contemplar. Su hermosura, lo que ven en todo. Y es a Él a Quien buscan por todas partes, y no hay panorama, tiempo o lugar donde Él no esté. En la santidad de tu hermano – el marco perfecto para tu salvación y para la salvación del mundo – se encuentra en el radiante recuerdo de Aquel en Quien tu hermano vive y en Quien tú vives junto con él. No te dejes cegar por el velo del deseo de ser especial que oculta la faz de Cristo de

los ojos de tu hermano, así como de los tuyos. No permitas tampoco que

el temor a Dios te siga privando de la visión que Dios dispuso que tuvieses. El cuerpo de tu hermano no te muestra a Cristo. A Él sólo se le puede ver dentro del marco de su santidad.

Somos uno en la santidad, así como lo fuimos en la creencia en el pecado.

Ocultamos esa verdad aferrándonos a los velos de especialismo que oscurecen el rostro inocente de Cristo de nuestra visión. Si hay inocencia no

puede existir el pecado y, por lo tanto, tampoco nosotros. Protegernos a

nosotros mismos significa proteger el pecado a través del especialismo y los

ataques al cuerpo. Además, estas defensas externas nos protegen del temor

de la mente a Dios, el cual, a su vez, es una defensa para que no miremos hacia adentro a la verdad de la Expiación de que la separación nunca ocurrió. Debemos recordar que el especialismo siempre tiene que ver con la forma, excluyendo al contenido, lo cual es la razón por la que Jesús nos pide que miremos la imagen de santidad de la mente, no los marcos de especialismo del cuerpo. A la vez, entonces, la belleza de la imagen prepara nuestra visión y contemplamos el impecable rostro de Cristo en todos a quienes vemos. De hecho, dado que las mentes están unidas, no hay ningún lugar donde no se perciba esta visión, porque reconocemos el propósito de Dios en todas las cosas, con la santa belleza del Cielo reflejada en nuestra vista sanada.

(IV.7) Elige, pues, lo que deseas ver: su cuerpo o su santidad; y lo que elijas será lo que contem-plarás. Y serán muchas las ocasiones en las que tendrás que elegir, a lo largo de un tiempo que no parece tener fin, hasta que te decidas en favor de la verdad. Pues la eternidad no se puede recuperar negando una vez más al Cristo en tu hermano. ¿Y dónde se encontraría tu salvación si él sólo fuese un cuerpo? ¿Dónde se encuentra tu paz, sino en su santidad? ¿Y dónde está Dios Mismo, sino en aquella parte de Sí que Él ubicó para siempre en la santidad de tu hermano, a fin de que tú pudieras ver la verdad acerca de ti mismo, expuesta por fin en términos que puedes reconocer y comprender? Esto describe nuestras vidas, llenas de oportunidades constantemente ofrecidas para elegir la santidad o el pecado, hasta ese instante gozoso en el que la decisión por la verdad se vuelve permanente, donde nuestra visión se transformará en conocimiento. No se nos pide que neguemos lo que nuestros ojos ven cuando nos dicen que somos cuerpos que perciben a otros

cuerpos, sino que podemos elegir otra Voz para interpretar lo que vemos.

Esta elección por la mentalidad-correcta permite que cambiemos nuestro propósito del pecado al perdón, de la culpa a la santidad. El cuerpo de nuestro hermano se convierte en el medio por el cual reconocemos que comparte el mismo propósito que el nuestro. La mente mira más allá de la forma de los cuerpos que separan al contenido del Espíritu Santo que une.

Y eso es todo. En este único instante de reconocimiento, la eternidad se acerca unos pasos cuando escuchamos el canto de gratitud del Cielo por nuestra decisión correcta.

(VI.8:1-5) La santidad de tu hermano es sacramento y bendición para ti. Sus errores no pueden privarlo de la bendición de Dios, ni tampoco a ti que lo ves correctamente. Sus errores pueden causar demora, de la cual se te ha encomendado que lo libres para que ambos podáis contemplar una jornada que jamás comenzó y que no es necesario finalizar. Lo que nunca existió no es parte de ti. No obstante, pensarás que lo es hasta que te des cuenta de que ello no es parte de aquel que está a tu lado.

La santidad de nuestro hermano es la nuestra. En el instante santo en el que aceptamos nuestro propósito compartido, ambos somos bendecidos, porque hemos aprendido que los errores no tienen efecto sobre la verdad. La percepción del pecado refuerza nuestra creencia errónea, y así, simplemente

retrasa nuestro regreso a casa, el cual es tan seguro como Dios. ¿Por qué esperar por la salvación que ya está aquí?

(VI.8:6-8) Él es el reflejo de ti mismo, donde ves el juicio que has emitido de los dos. El Cristo en ti contempla su santidad. Tu deseo de ser especial percibe su cuerpo y no lo ve a él.

Regresamos ahora al tema de "El Cristo en ti". Elegir Su visión nos permite

ver cuerpos, pero solo para despertar del sueño de especialismo del mundo y del sueño secreto de la mente de separación. Miramos más allá del cuerpo externo al propósito de la mente. El ego quiere que hagamos lo contrario, ver el cuerpo de nuestro hermano y nada más. Esto expresa el objetivo del ego de demostrar que el especialismo es real al evitar que cambiemos la decisión de la mente desde la separación a la Expiación.

(VI.9) Contéplalo tal como es, a fin de que tu liberación no se demore en llegar. Lo único que te ofrece la otra opción es vagar sin rumbo, sin propósito y sin haber logrado nada en absoluto. Y mientras tu hermano siga dormido y no se haya liberado del pasado, te atormentará una sensación de futilidad por no haber llevado a cabo la función que se te encomendó. Se te ha encomendado salvar de la condenación a aquel que se condenó a sí mismo, y a ti junto con él, para que así tanto tú como él os podáis salvar. Y ambos veréis la gloria de Dios en Su Hijo, a quien tomasteis por carne y a quien sometisteis a leyes que no tienen poder alguno sobre él.

La obsesión por nuestra fútil e incumplida función del perdón deriva en nuestra culpa, la cual atormenta nuestras mentes inconscientes hasta que se proyecta sobre el cuerpo de otro, para mantenernos allí dormidos a ambos.

Algún día nos daremos cuenta de este vagar sin rumbo en este viaje de ataque y elegiremos de nuevo, el instante santo que Jesús ha esperado durante mucho tiempo. Al darnos la bienvenida al fin, felizmente toma nuestra mano extendida y la une con la mano especial de quien habíamos

condenado. Ahora ambos somos redimidos de las cenizas del pecado donde

habíamos confinado al Hijo de Dios. En su lugar surge la gloria de Cristo, el

Hijo de Dios, tal como Él lo creó, restaurado a las leyes eternas de la unidad

amorosa y la paz del espíritu.

A continuación, vemos la construcción "Piensa, entonces ...", otro presagio

de "Pues Ellos han llegado" (T-26.IX):

(VI.10:5) Piensa, entonces, cuán grande tiene que ser el Amor de Dios por ti, para que Él te haya dado una parte de Sí Mismo a fin de evitarte dolor y brindarte dicha.

El cuerpo del Hijo de Dios que fabricamos para reforzar la creencia en el

sufrimiento cambia de propósito cuando elegimos a Jesús como nuestro

maestro. Su milagro de perdón deshace nuestro dolor y nos trae verdadera

felicidad a nosotros y a toda la Filiación.

(VI.10:6) Y nunca dudes de que tu deseo de ser especial desaparecerá ante la Voluntad de Dios, que ama y cuida cada aspecto de Sí Mismo por igual.

La palabra clave es "igual", la cual refuta sutilmente el principio básico del

Cristianismo: no todos los Hijos de Dios son iguales. Jesús es superior, como comentamos anteriormente, porque Su Padre lo ama más que a nadie.

Entonces, ¿cómo podría amarlo el mundo? Afirma que sí, pero esta declaración oculta el odio que acecha detrás de la percepción de que Jesús

es diferente, al poseer la inocencia que nos falta porque él la tomó de nosotros. Recuerda su declaración anterior: "Pues me convertí en el símbolo

de tu pecado, y por esa razón tuve que morir en tu lugar" (T-19.IV-A.17:2).

Esta tonta locura desaparece, sin embargo, cuando nos damos cuenta de que

el ego ha simplemente mentido acerca de Dios. En verdad, nuestro Creador

no ama como nosotros lo hacemos. Su Amor es tan perfecto como Él Mismo, la Unidad que es el Cristo en todos nosotros.

(VI.10:7-8) El Cristo en ti puede ver a tu hermano correctamente. ¿Te opondrías entonces a la santidad que Él ve?

Respondemos: "Sí, me opondría siempre que valore mi especialismo". El

propósito de Un Curso de Milagros es hacernos reconocer que nuestro

especialismo es una religión que hemos establecido para matar y morir,
mientras intentamos ocultar la verdadera religión del amor por la cual solo
viviríamos, con todos a nuestro lado. Nadie moriría por nosotros para poder
vivir, y nosotros nunca moriríamos, sino que viviríamos para siempre;
no en
el cuerpo, sino en la memoria de Quienes somos como el eterno Hijo de
Dios, tan santos como el Creador, la Santidad Misma. Jesús nos está
pidiendo aquí, y siempre, que escojamos otro propósito para nuestras
vidas,
que persigamos otra meta - la santidad en lugar del pecado, el Ser en
lugar
del ser:

(VI.12) Ahora simplemente se te pide que persigas otra meta que
requiere mucha menos vigilancia, muy poco esfuerzo y muy poco
tiempo, y que está apoyada por el poder de Dios que garantiza tu
éxito.

Sin embargo, de las dos metas, ésta es la que te resulta más difícil.
Entiendes el "sacrificio" de tu ser que la otra supone, aunque no
consideras que ello sea un costo excesivo. Pero tener un poco de
buena

voluntad, darle una señal de asentimiento a Dios, o darle la bienvenida
al Cristo en ti, te parece una carga agotadora y tediosa, demasiado
pesada para ti. Sin embargo, la dedicación a la verdad tal como Dios la
estableció no entraña sacrificios ni conlleva esfuerzo alguno, y todo el
poder del Cielo y la fuerza de la verdad misma se te dan a fin de
proveerte los medios y garantizar la consecución de la meta.

Jesús no nos pide mucho, solo una señal de asentimiento a Dios de
cuestionar el valor que una vez le habíamos otorgado al especialismo.
Como vemos a lo largo del Curso, Jesús nos pide comparar y contrastar
los

medios y el fin involucrados al escuchar al ego y a él. Para preservar el
yo
especial (el fin), se debe hacer un gran esfuerzo, gastado en complacer
nuestros odios y amores especiales (los medios). Para recordar nuestro
Ser

(el Fin), por otro lado, todo lo que se requiere es una "pequeña dosis de

buena voluntad" para mirar al ego sin juzgar (los medios) – la esencia del perdón. Y luego "la ayuda de Dios y todos Sus ángeles te responderá", como Jesús le dijo a Helen (Ausencia de Felicidad, p. 420). Con nuestro objetivo cumplido, el recuerdo de Dios regresa a la conciencia y recordamos nuestro Ser inmortal, el Cristo que Dios creó uno con Él. "El Cristo en ti."

"El Cristo en ti" es una de esas secciones que casi se puede elevar por encima del escenario, como una pieza entera en sí misma, como suele hacer

la gente con los movimientos sinfónicos o las arias operísticas. Hay muchas

otras secciones en Un Curso de Milagros, y aparecen ahora con mayor frecuencia a medida que llegamos a estos movimientos finales de nuestra

sinfonía. Esta es una sección muy conmovedora, y es la respuesta del Espíritu Santo a la percepción asesina del cuerpo por parte del ego. Es interesante notar que hay dos estridentes interrupciones que describen el

ego cerca del comienzo de esta sección por lo demás encantadora, como ya

lo hemos comentado. Estos parecen interferir con el flujo de la música y, en

efecto, nos recuerdan que el sistema de pensamiento del ego siempre está

con nosotros hasta que tomemos la decisión de que ya no lo queremos.

El lenguaje de esta sección es bastante hermoso, pero también es un ejemplo brillante de la enseñanza de Jesús de que, aunque no podemos

aprender sobre la Unidad de Dios y Cristo, compartiendo el Uno con el Otro "una Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1), podemos aprender a

compartir el propósito de reflejar Su Presencia en el sueño. Como un reflejo

de este santo propósito, "El Cristo en ti" brinda una visión diferente del cuerpo. Si bien es una ilusión que se estableció para separar y apoyar el

especialismo, con sus partes que fueron diseñadas para mantener la

separación intacta - aparato sensorial para experimentar dolor y encontrar el pecado, cerebros para tramar venganza y manos y pies para llevarla a cabo - puede convertirse en el medio para buscar un objetivo diferente bajo la guía de un Maestro diferente. Hecho para demostrar la impiedad del Hijo de Dios, el cuerpo se transforma en un medio para enseñar la santidad de Cristo. La condición para recordar nuestro propósito compartido es noexcluir a ninguna cosa viviente, llegando así a recordar la totalidad unificada de nuestro Ser.

Por último, esta sección musical se basa tanto en la frase "el Cristo en ti", como en "Cómo escaparse del miedo". Su tema recurrente presenta una visión curativa del cuerpo: santidad en lugar de pecado, perdón en lugar de asesinato. Cuando dejamos que el Espíritu Santo guíe suavemente nuestros cuerpos, estos ya no son esclavos de la culpa y el ataque, sino instrumentos para recordar el Amor de Cristo, que fluye a través de nosotros para abrazar a la Filiación como una.

(V.1:1-3) El Cristo en ti está muy quedo. Contempla lo que ama y lo reconoce como Su Propio Ser. Y así, se regocija con lo que ve, pues sabe que ello es uno con Él y con Su Padre.

La visión de Cristo nace de Su conocimiento de la perfecta Unidad del Padre: el Creador y la creación, unidos en el Amor que se refleja en la verdadera percepción de intereses compartidos y un propósito común.

(V.3) ¿De dónde podría proceder tu paz sino del perdón? El Cristo en ti contempla solamente la verdad y no ve ninguna condenación que pudiese necesitar perdón. Él está en paz porque no ve pecado alguno. Identifícate con Él, ¿y qué puede tener Él que tú no tengas? Cristo es tus ojos, tus oídos, tus manos, tus pies. ¡Qué afables son los panoramas que contempla, los sonidos que oye! ¡Qué hermosa la mano de Cristo,

que sostiene a la de Su Hermano! ¡Y cuánto amor camina junto a él, mostrándole lo que se puede ver y oír, e indicándole también donde no podrá ver nada y donde no hay ningún sonido que se pueda oír!

Esta es la primera declaración completa en Un Curso de Milagros sobre el

tema de Cristo (más adelante el Espíritu Santo y Jesús) siendo nuestros ojos, oídos, manos y pies. Vuelve de muchas formas, todas con el mismo

contenido. No se nos pide que neguemos el cuerpo, sino sólo el uso odioso

que el ego hace de él; en otras palabras, que cambiemos el propósito al que

sirve el cuerpo. De esta manera solo vemos expresiones de amor o peticiones de él. Ninguna otra visión es posible para alguien que ha perdonado, porque la paz resultante bendice a todos los que creen que merecen el juicio del ego, pero que ahora lloran de gratitud al saber que

estaban equivocados.

(V.5) Regocíjate de no tener ojos con los que ver, ni oídos con los que oír, ni manos con las que sujetar nada, ni pies a los que guiar. Alégrate de que el único que pueda prestarte los Suyos sea Cristo, mientras tengas necesidad de ellos. Los Suyos son ilusiones también, lo mismo que los tuyos. Sin embargo, debido a que sirven a un propósito diferente, disponen de la fuerza de éste. Y derraman luz sobre todo lo que ven, oyen, sujetan o guían, a fin de que tú puedas guiar tal como fuiste guiado.

Cuando hemos elegido de nuevo, ya no es el propósito de especialismo del

ego el que nos guía, sino el Amor del verdadero Hijo de Dios, al que deseamos despertar. Aunque el uso del cuerpo por parte de Cristo es una

ilusión como el nuestro, es una que deshará el nuestro. Esto nos libera para

llevar a otros a la luz, al haber elegido ser guiados.

(V.6:1-4) El Cristo en ti está muy quedado. Él sabe adónde te diriges y te conduce allí dulcemente, bendiciéndote a lo largo de todo el trayecto. Su Amor por Dios reemplaza todo el miedo que creíste ver dentro de ti. Su santidad hace que Él se vea a Sí Mismo en aquel cuya mano sujetas,

y a quien conduces hasta Él.

Este es nuestro hermano, cuya mano habíamos sujetado hasta ahora para

arrojarlo por el precipicio. Siendo ahora bendecido y con un propósito diferente se convierte en nuestro salvador, porque al perdonarlo aprendemos

que somos perdonados. Por Su Amor, Cristo nos ha guiado a través desde el

pantano de oscuridad del ego hacia la luz brillante de la Expiación, anunciando el fin del dolor y haciendo espacio en nuestras mentes para la

santidad que tenemos y somos.

(V.6:5-9) Y lo que ves es igual a ti. Pues, ¿a quién sino a Cristo se puede

ver, oír, amar y seguir a casa? Él te contempló primero, pero reconoció que no estabas completo. De modo que buscó lo que te completa en cada cosa viviente que Él contempla y ama. Y aún lo sigue buscando, para que cada una pueda ofrecerte el Amor de Dios.

Mirando hacia adentro, nos damos cuenta de que la culpa todavía acompaña

a nuestra percepción fragmentada. Por tanto, necesitamos ver la igualdad

del Hijo de Dios en la ilusión del mundo, la cual refleja su igualdad en la

ilusión de la mente dividida. A través de esta visión, permitimos que el recuerdo de la perfecta Unidad y el Amor de Cristo alboree en nuestras mentes y nos lleve a casa: juntos habíamos dejado solo a nuestro Dios, juntos volvemos a nuestra compleción como el Ser.

(V.7) Aun así, el permanece muy quedado, pues sabe que el amor está en ti ahora, asido con firmeza por la misma mano que sujeta a la de tu hermano. La mano de Cristo sujeta a todos sus hermanos en Sí Mismo. Él les concede visión a sus ojos invidentes y les canta hermosos himnos

Celestiales para que sus oídos dejen de oír el estruendo de las batallas y

de la muerte. Él se extiende hasta otros a través de ellos, y les ofrece Su

mano para que puedas bendecir toda cosa viviente y ver su santidad. Él

se regocija de que éstos sean los panoramas que ves, y de que los contemples con Él y compartas Su dicha. Él está libre de todo deseo de

ser especial y eso es lo que te ofrece, a fin de que puedas salvar de la muerte a toda cosa viviente y recibir de cada una el don de vida que tu perdón le ofrece a tu Ser. La visión de Cristo es lo único que se puede ver. El canto de Cristo es lo único que se puede oír. La mano de Cristo es lo único que se puede asir. No hay otra jornada, salvo caminar con Él.

Mi esposa, Gloria, ha dicho que Un Curso de Milagros es un borrador gigante que deshace todas las ilusiones sobre el mundo, sobre nosotros mismos y sobre Dios. Otro aspecto de este proceso de deshacer es que Jesús borra nuestras ilusiones de salvación: no hay otra voz para escuchar que la suya, no hay camino por el que transitar sino con él, no hay sanación sino a través de su perdón. Jesús es el reflejo de la visión de Cristo que nos guía mientras viajamos a casa, aprendiendo a llevar a nuestros hermanos con nosotros a medida que avanzamos. Atrás quedaron los sonidos de guerra, porque han sido reemplazados por la dulce melodía de paz que canta por nuestro regreso, dándonos la bienvenida a nuestro santo lugar en el eterno Amor de Dios.

(V.8) Tú que te contentarías con ser especial y que buscarías la salvación luchando contra el amor, considera esto: el santo Señor del Cielo ha descendido hasta ti para ofrecerte tu compleción. Lo que es de

Él es tuyo porque en tu compleción reside la Suya. Él, que no dispuso estar sin Su Hijo, jamás habría podido disponer que tú estuvieses sin tus hermanos. ¿Y te habría dado Él un hermano que no fuese tan perfecto como tú y tan semejante a Él en santidad como tú no puedes serlo también?

El especialismo no es nuestra salvación sino la condenación. Cuando elegimos nuestro nuevo Guía, nos unimos a todos los que habíamos excluido de nuestro corazón. La santidad nos acompaña en nuestro camino,

pues su luz ha desterrado la oscuridad del odio que nos mantenía separados

a unos de otros. El Amor de Cristo nos envuelve en sus suaves alas mientras

la pesadilla desaparece en el resplandor ardiente del mundo real, el penúltimo paso antes de que Dios descienda y nos eleve hacia Él (T11.VIII.15:5).

(V.9) Antes de que pueda haber conflicto tiene que haber duda. Y toda duda tiene que ser acerca de ti mismo. Cristo no tiene ninguna duda y Su serenidad procede de Su certeza. Él intercambiará todas tus dudas por Su certeza, si aceptas que Él es Uno contigo y que esa Unidad es interminable, intemporal y que está a tu alcance porque tus manos son las Suyas. Él está en ti, sin embargo, camina a tu lado y delante de ti, mostrándote el camino que Él debe seguir para encontrar Su Propia comple-ción. Su quietud se convierte en tu certeza. ¿Y dónde está la duda una vez que la certeza ha llegado?

Escuchamos una melodía paralela en el libro de ejercicios, con Dios como

tema:

Nuestro Amor nos espera conforme nos dirigimos a Él y, al mismo tiempo, marcha a nuestro lado mostrándonos el camino. No puede fracasar en nada, Él es el Fin que perseguimos, así como los Medios por los que llegamos a Él. (W-p11.302.2).

Nuestro viaje es seguro, porque no puede haber ninguna duda con un Compañero como este: "Él es el Fin que perseguimos, así como los Medios

por los que llegamos a Él". Cristo es nuestro Ser, y ante Su Amor todos los

pensamientos del ego se desvanecen en su nada, dejando a la perfecta

Unidad del Hijo de Dios como nuestra única verdad. La quietud reemplaza

a la cacofonía, la discordia da paso a la paz, y el sueño del odio termina en

la silenciosa gloria de la certeza y el amor del Cielo.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth

Wapnick.